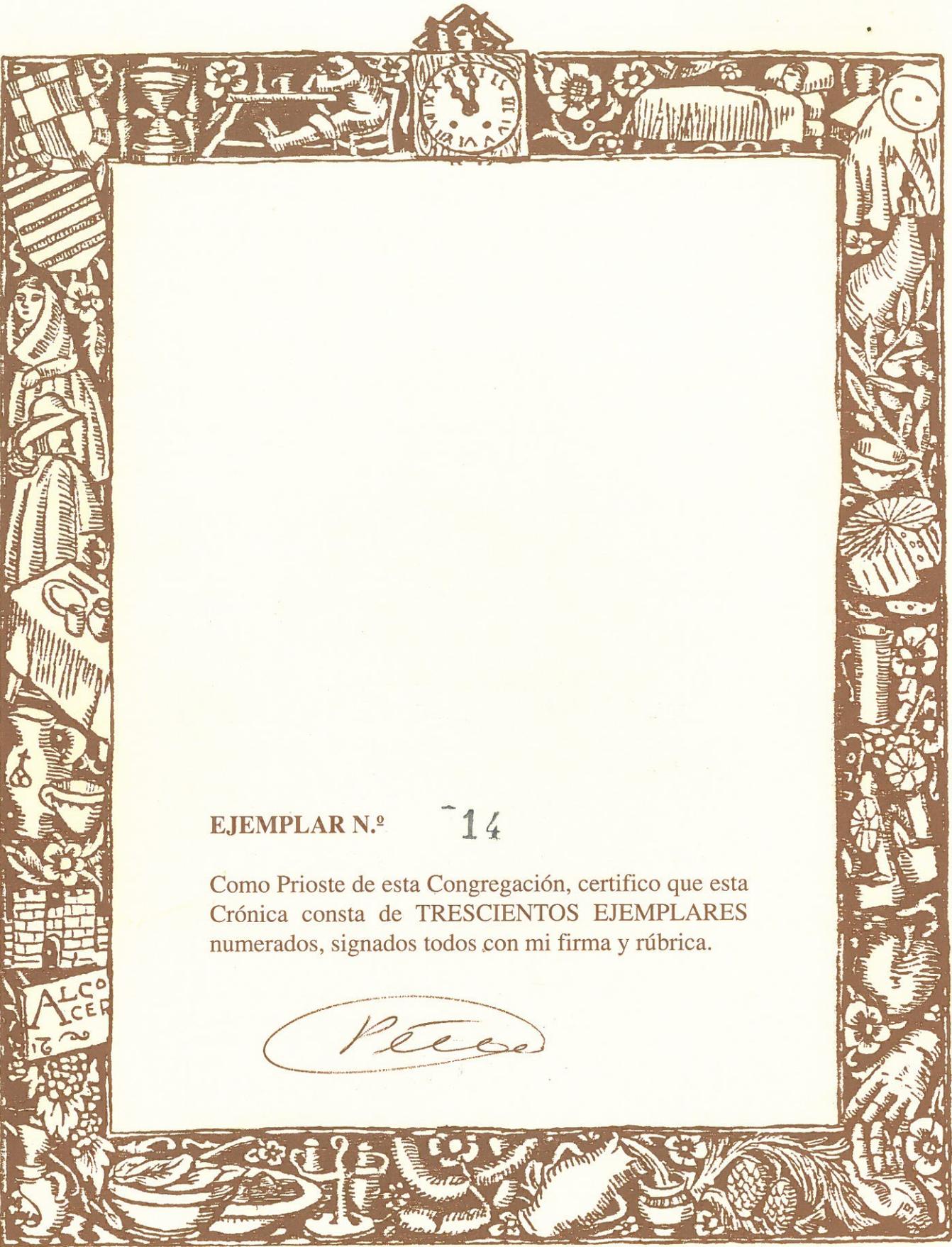


CRÓNICA DE LA
«CENA JOCOSA»
DE 2000



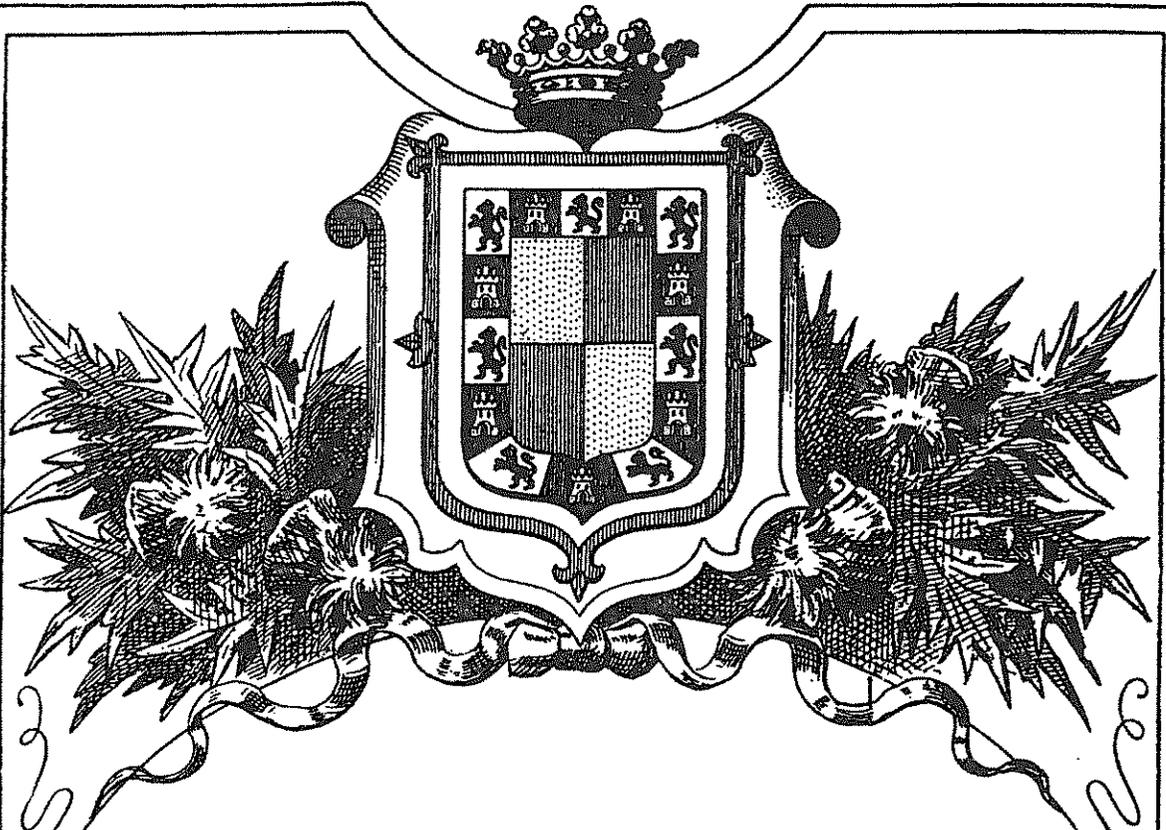
AMIGOS DE SAN ANTÓN
JAÉN



EJEMPLAR N.º 14

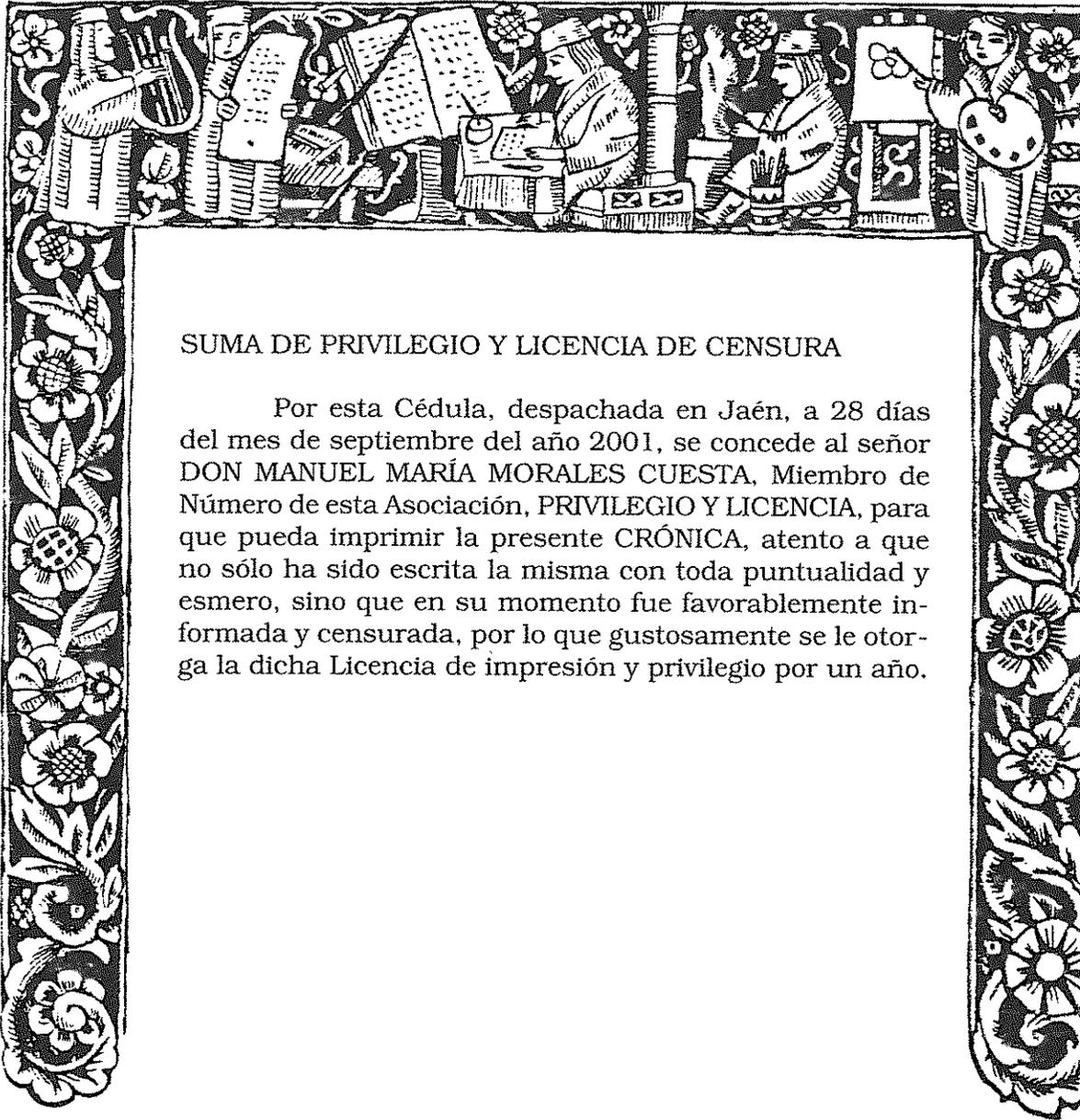
Como Prioste de esta Congregación, certifico que esta Crónica consta de TRESCIENTOS EJEMPLARES numerados, signados todos con mi firma y rúbrica.

Pérez



CRÓNICA DE UNA MUY FAMOSA CENA
QUE LOS AMIGOS DE SAN ANTÓN CELEBRARON
EN LA NOCHE DEL VEINTICINCO DE
NOVIEMBRE DEL AÑO DOS MIL, EN LA
CASERÍA DE «EL PLANTÍO», PAGO DE
«EL LLANO», POR GENTIL OFRECIMIENTO QUE
PARA ELLO HICIERON SUS DUEÑOS
DON JOAQUÍN RAMÍREZ SÁEZ
Y SU ESPOSA
DOÑA MARÍA TERESA GARCÍA GÓMEZ



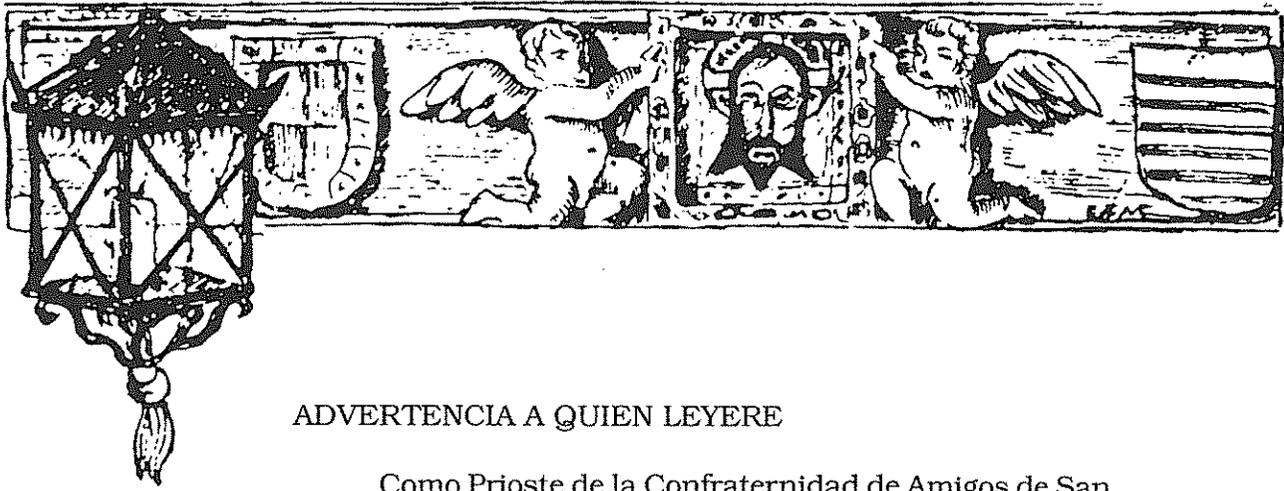


SUMA DE PRIVILEGIO Y LICENCIA DE CENSURA

Por esta Cédula, despachada en Jaén, a 28 días del mes de septiembre del año 2001, se concede al señor DON MANUEL MARÍA MORALES CUESTA, Miembro de Número de esta Asociación, PRIVILEGIO Y LICENCIA, para que pueda imprimir la presente CRÓNICA, atento a que no sólo ha sido escrita la misma con toda puntualidad y esmero, sino que en su momento fue favorablemente informada y censurada, por lo que gustosamente se le otorga la dicha Licencia de impresión y privilegio por un año.

SUMA DE TASA

Tasaron los señores de la Confraternidad esta CRÓNICA en.....reales por página, lo que hacen.....reales de vellón por ejemplar, según más largamente consta por certificación expedida por el Sr. Administrador de Caudales de la dicha Confraternidad de «Amigos de San Antón», el día 6 de octubre de 2001.



ADVERTENCIA A QUIEN LEYERE

Como Prioste de la Confraternidad de Amigos de San Antón, debo manifestar, que en la noche del día veinticinco de noviembre del año dos mil, pasado que había sido el toque de ánimas y estando reunida la dicha Confraternidad, así de Miembros de Número como de Honor en las estancias principales de la casería «El Plantío», y pagos de «El Llano», de esta ciudad de Jaén, leí cierto papel del tenor siguiente:

«Notorio y manifiesta sea a los aquí presentes, cómo la Asociación Amigos de San Antón, estando junta y congregada, como lo hace de uso y costumbre para tratar y conferir de las cosas tocantes a la utilidad de la Confraternidad, el día seis de octubre del año 2000, entre otros acuerdos se tomó el siguiente:

Vistas y examinadas las circunstancias que concurren en el muy honorable señor, DON MANUEL MARÍA MORALES CUESTA, Miembro de Número de la Asociación, se conviene por unanimidad que se le comunique el deseo de que sea el Cronista o Relator de desarrollo y pormenores de nuestra Cena Jocosa o Cena de Santa Catalina del año 2000, y que ha de tener lugar en la noche del veinticinco de noviembre que vendrá, debiendo ser esta Crónica y fiel y exacto reflejo de todo cuanto en ella aconteciere, para dejar constancia de ello a la posteridad».

Dado en Jaén a 28 de octubre de 2000.



Una vez que fue leído el dicho papel, mandé comparecer al dicho DON MANUEL MARÍA MORALES CUESTA, a quien hice con la solemnidad debida las preguntas de rigor:

— Muy honorable señor DON MANUEL MARÍA MORALES CUESTA, ¿sois conforme en redactar fiel y cumplida CRÓNICA de todas cuantas cosas viéreis y oyéreis en el desarrollo de esta Cena de Santa Catalina del año 2000?

A lo cual atentamente respondió el referido DON MANUEL MARÍA MORALES CUESTA:

— Sí, lo soy.

A lo cual yo como Prioste manifestele:

— Complacidos agradecemos esta aceptación, encareciendooos y exhortandooos a quien sin demora ni dilación alguna os iniciéis en el encargo, entregandooos para ello el correspondiente recado de escribir.

Aceptó el tal DON MANUEL MARÍA MORALES CUESTA el recado del mejor agrado, recibiendo con él las noragüenas y parabienes de todos los presentes.

Y por ser de utilidad, yo, el Prioste, pongo aquí testimonio para conocimiento de quien leyere.



ASISTENTES A LA CENA

En primera fila: Antonio Martínez Lombardo.- Pedro Casañas Llagostera.- Francisco Cerezo Moreno.- Antonio Casañas Llagostera.- Joaquín Ramírez Sáez.- Pilar Sicilia de Miguel.- José Casañas Llagostera.- Manuel Kayser Zapata.- y Francisco Cano Ramiro.

En segunda fila: Manuel López Pérez.- León Herrera y Esteban.- María José Sánchez Lozano.- María Isabel Sancho Rodríguez.- Pedro Jiménez Cavallé.- Juan Higuera Maldonado.- y Ángel Aponte Marín.

Última fila: Fernando Lorite García.- Juan Antonio López Cordero.- Miguel Calvo Morillo.- José María Pardo Crespo.- Julio Puga Romero.- Luis Coronos Tejada.- Manuel María Morales Cuesta.- Antonio Martos García.- Juan Cuevas Mata.- y Vicente Oya Rodríguez.- Además y aunque no figura, Ángel Viedma Guzmán, autor de la fotografía.



San Antón.
Patrón de Carreros y Transportistas.- Igualada (Barcelona).

Crónica de la Cena Jocosa o de Santa Catalina del año 2000

UNA REFLEXIÓN SOBRE LA TAREA DEL CRONISTA

En una noche de otoño, no recuerdo el día exacto, recibí la llamada telefónica que ya esperaba desde hacía algún tiempo. Yo estaba, como tantas veces, trafagando a vueltas con mis papeles, ensimismado con algún asunto cultural, cuando el sonido del teléfono vino a despertarme de ese dulce y áspero letargo en que consigue sumirme la literatura. Era la voz, siempre cordial, de nuestro Prioste. Era Pedro Casañas, quien, tras su educado saludo de rigor y algún que otro comentario relacionado con la asociación, me pedía que fuera el cronista de la próxima cena jocosa. Ese era un tema que me preocupaba desde que me estrené como amigo de San Antón, porque había leído las anteriores crónicas –la mayoría de ellas «fechas al arcaico modo» de los textos de este calibre y propósito– y no me veía capaz de adaptarme a su estilo y temperamento. Pero también sabía que se trataba de un asunto ineludible hacia el que sentía una especie de temor casi reverencial, al mismo tiempo que me atraía como un original reto. Le contesté que sí, que por supuesto, que contara conmigo, y le confesé también que ya me lo estaba esperando. «Una fruta madura», dijo Pedro, entre risas. En efecto, una fruta madura, contesté yo. Seguimos charlando un poco más, nos despedimos, y ahí quedó la cosa. Volví a enfrascarme en mis tareas literarias y aparqué este nuevo «asunto» que me acababa de ser propuesto. Ya llegaría la hora y el momento de concentrarme en la inquietante y atractiva tarea del cronista.

Siempre he procurado no agobiarme en exceso con los quehaceres que están por venir. Bastante tiene uno con capear el presente inmediato, en el que se acumulan todo tipo de ocupaciones de las más variadas índoles: laborales, familiares, sociales, deportivas, festivas y, yo creo, que hasta alegórico-dantescas; pero aquello –lo de ser cronista, quiero decir– tendría que llegar, y tampoco era cuestión de aparcar el tema en exceso.

Ser cronista de la cena jocosa es, por supuesto, un honor; y aún más al tratarse de la cena del año 2000, un año mítico y significativo, un

año increíble que nos ha servido a todos de punto de referencia durante mucho tiempo. Yo, por ejemplo, que nací en 1960, siempre decía aquello de que en el 2000 tendría cuarenta años, qué gracia, hay que ver, cuarenta años en el 2000, fijate, cuarenta años, y claro, lo que pasa, que ya he cumplido los cuarenta tacos y ha empezado a dejar de tener gracia la cosa. Pero por lo menos lo he visto, y aunque supone tan sólo un dudoso privilegio, es cierto que aquello de vivir un año de números tan redondos y hermosos no ha estado al alcance de la mayoría de las personas que durante siglos se han empeñado en sobrevivir en este desconcertante planeta tierra. Así que, en mi dura tarea de convencerme a mí mismo de que no había que temerle al asunto de ser cronista, empecé a considerar que serlo de la cena de este año es una cuestión con visos de convertirse en acontecimiento histórico. En fin.



UNA VISITA A PEDRO CASAÑAS DESPUÉS DE ATRAVESAR UN BUEN TRECHO DE JAÉN

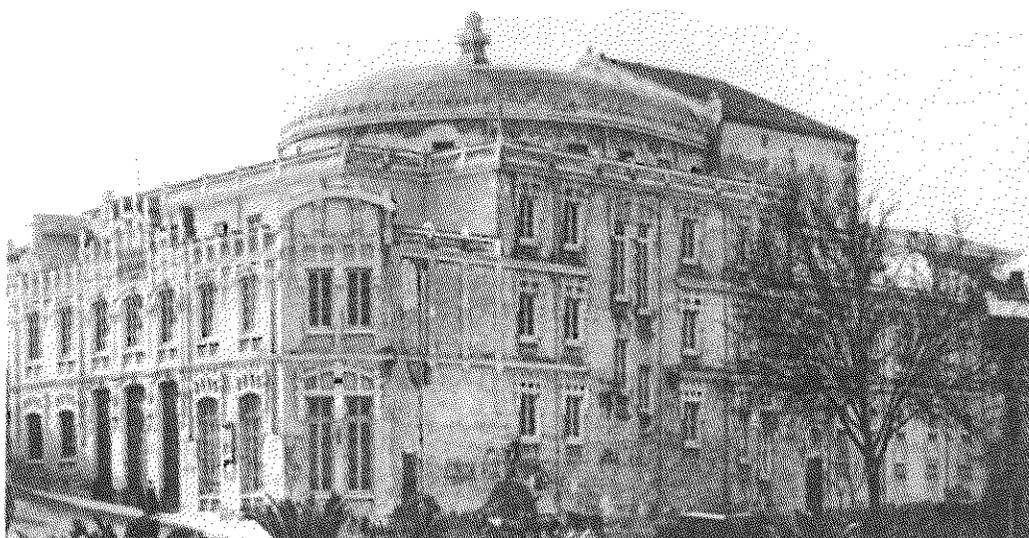
Hasta la noche de la cena tendría tiempo todavía para visitar a Pedro y hablar del asunto con más tranquilidad. Y así fue. Una mañana salí de mi casa andando –no me gusta coger el coche y atravesar el laberinto urbanístico en que se ha convertido Jaén– en dirección a la sede de nuestra confraternidad. Andando te mosqueas también, pero algo menos. Crucé el semáforo de Muñoz Grandes, el que hay junto a los cines Avenida, un semáforo que dura para los peatones unos diez o doce segundos escasos, el tiempo justo para que te atropellen sin problemas, a poco que te descuides, los numerosos coches y motos que bufan desesperados para seguir su frenético camino hacia Dios sabe dónde. Consigo superar ese primer escollo y paseo a través de la sombra que proyecta el edificio de la vieja cárcel provincial, ese edificio que se deteriora día a día sin que ningún político sea capaz de otorgarle utilidad, un edificio que a su pasado de sufrimiento une ahora un triste canto a la suciedad y a la falta de higiene.

Miro a mi izquierda y contemplo la por mal nombre conocida como «Puerta de Alcalá». Hay que ver, no puedo evitarlo, cada vez que paso por allí pienso lo mismo, una ciudad como la nuestra, en la que se han derribado auténticas bellezas arquitectónicas de incalculable valor, mantiene en pie ese bodrio arqueado al que rodean unos jardines inaccesibles para el ciudadano.

Sigo mi camino. Doblo la esquina de Muñoz Grandes con el Paseo de la Estación. ¿La estación? ¿Qué estación? ¿Tiene Jaén estación de tren? ¿Llegan trenes a Jaén? Ah, sí, ya me acuerdo. Había una estación al final de esta avenida, pero la quitaron, se la llevaron unos metros hacia la izquierda, y aquello costó una pasta, y ahora dicen que se la van a llevar otra vez, más a la izquierda, otra pasta que Jaén no tiene, y los ciudadanos a tragar, a aguantar que gasten el dinero de nuestros impuestos en trasladitos hacia la izquierda, y eso que aquí no llega casi ningún tren.

Subo avenida arriba, Paseo de la Estación arriba, por la acera de la derecha. Miro la fachada principal de la cárcel, los carteles medio rotos, las pintadas –una de ellas anuncia con optimismo la próxima inauguración del museo ibérico para el año 2031–, los jardines llenos de gatos rollizos de tanto comer ratas, llenos de basura y de quién sabe qué más; y pienso en nuestros políticos, no puedo evitarlo; y no pienso nada bueno, se lo puedo asegurar a quien esto leyere. Recuerdo las palabras que continuamente repiten: que si esto no es mío, que si es tuyo, que si la Diputación, que si el Ayuntamiento, que si la Junta de Andalucía, que si... Un mal rato esto de ir a visitar a Pedro Casañas, ya lo ven.

Pero sigo avenida arriba, con moral, con ganas, con fuerza, que no se diga, con vocación ciudadana, sin miedo, con buena voluntad, sin espíritu excesivamente crítico, intentando descubrir la belleza y la fantasía de nuestra urbe, sí señor..., pero, de pronto, me hallo ante los restos del Asuán, acabo de llegar a un hueco horadado en pleno Paseo de la Estación lleno de meadas y de pintadas, en lo que antaño fuera el cine Asuán. No puedo mirar, lo siento, se me hace un nudo en la garganta, el



Asuán, Dios mío... Lo del teatro Cervantes fue un disparate mayor aún, pero yo aquel lugar casi no lo conocí, sin embargo el Asuán, como el Lis Palace, fueron los cines de mi infancia, adolescencia, juventud y un poco más, y al pasar junto a los lugares en que estuvieron ubicados me duele recordarme a mí mismo allí; allí afuera haciendo cola para sacar la entrada, comprando chucherías en un puesto, charlando con los amigos o mirando las carteleras o los fotogramas de las vitrinas; o allí dentro viendo una película o una zarzuela o una ópera o una obra de teatro...

Sigo hacia adelante y me dedico a mirar a la gente, a mis conciudadanos, a esas personas que comprenderán e incluso compartirán lo que yo voy pensando, e intento consolarme, sentirme arropado por otros giennenses, pero no, qué va, descubro con estupor que estoy solo, que soy el único que no lleva móvil, que soy Donald Sutherland en «La invasión de los ultracuerpos», que no puedo comunicarle a nadie lo que siento –por eso me desahogo aquí, en una crónica que leerán jaeneros de pro y de carácter, de pata negra (con perdón), únicos supervivientes de la invasión del cutrerio tecnológico y ultramoderno–. Miro a mi alrededor, decía, y sólo veo atónitos palurdos que contemplan su teléfono móvil con expresión de no comprender, personas (?) de todos los tamaños, edades y aspectos que hablan por el aparatito, algunos incluso junto a una taladradora en pleno ejercicio de sus funciones, o al pasar una moto con el tubo de escape muy roto, o una ambulancia con su frenética marcha suicida cargada de cantos estridentes de sirena... y en ese momento comprendo, me lleno de lucidez, caigo en la cuenta de que no hablan, en realidad ni hablan ni escuchan, eso es imposible, la taladradora, la moto o la ambulancia son la prueba evidente, tan sólo caminan con el móvil en la oreja, hablan consigo mismos, se desahogan, se exhiben con ese gesto esnob del aparatito en la oreja, con ese adminículo que con el paso del tiempo llegará a formar parte del cuerpo humano, que conseguirá adaptarse a las circunstancias como cualquier otra especie, unos seres humanos que con los años tendremos teléfonos móviles en lugar de pabellones auditivos..., es terrible.

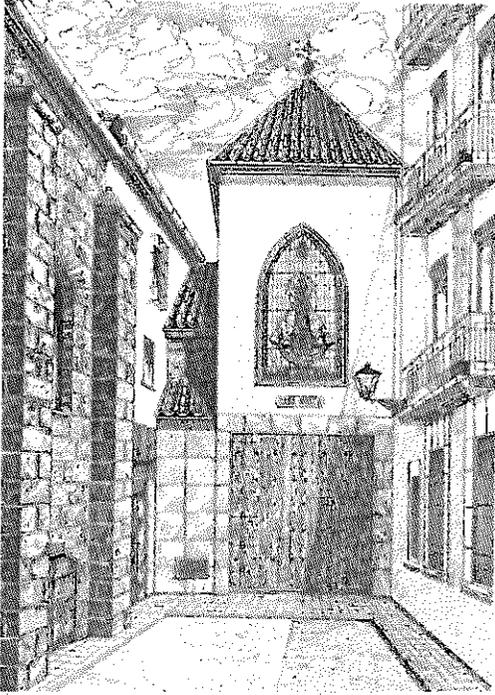
Sigo hacia arriba y llego hasta la plaza de la Constitución. Las obras y las zanjas y el polvo cegador que ya me había ido encontrando a lo largo de mi camino en multitud de encrucijadas ahora se multiplica y se hace más denso. Todo es un laberinto de vallas metálicas que dificultan el paso y convierten el final de mi camino hacia la calle Vicente Montuno en un laberinto inextricable, en un dédalo de pasadizos desesperantes, en un zigzaguear absurdo. Aunque la torre de la iglesia de San Ildefonso, como un faro, intenta indicarme el camino, no me queda más remedio que alejarme por Virgen de la Capilla o ascender por la destrozada plaza del deán Mazas o incluso subir las escaleras del Pósito para bajar otra vez por la Carrera.

El caso es que, cuando esto escribo, las obras ya han terminado, o casi, o eso dicen, y sí, ya sé que sobre gustos no hay nada escrito, pero en mi opinión aquello ha quedado feo y, sobre todo, heterogéneo. ¿Qué tiene que ver una pirámide transparente con una vasija gigante y con una fuente que pierda agua y con unas palmeras de plástico y con don Bernabé Soriano? Y que conste que lo de don Bernabé Soriano me emociona. Recuerdo cuando yo mismo inicié con un artículo en el diario *JAÉN* (ellos no le ponen acento, pero yo sí) una ingenua campaña en la que proponía sacar al eximio médico de su exilio en la Alameda y acercarlo a algún lugar más transitado, y sólo conseguí que me secundaran dos o tres amigos articulistas y algún que otro «enviador» habitual de cartas al director. Para colmo, el mismo día de la inauguración oficial de la plaza y el aparcamiento –del aparcamiento mejor no hablar, ni de la entrada tan bonita que le han hecho– un amigo con el que me encontraba contemplando la panorámica me dijo –justo antes de que yo le fuera a contar lo de mi artículo sobre don Bernabé– con evidente sarcasmo y mala uva, que para él se quedaban los años que llevaba sin ver por allí al «tío cagando». Hay gente que nunca nos entenderá a nosotros, los sanantoneros.



Por fin consigo llegar hasta los muros de la iglesia de San Ildefonso. Contemplo el espectáculo con placer y me parece un oasis, una parada en el tiempo, un mundo anclado en un pasado sin móviles ni Internet, un universo varado en otra dimensión ajena a los tubos de escape sin silenciador. Contemplo los pequeños hierbatos que crecen sin control pero con prudencia en los resquicios de las antiguas piedras y me parece que he cambiado de ciudad. Pero, de pronto, un claxon inmisericorde me devuelve a la realidad. Es de una furgoneta aparcada en doble fila cuyo propietario protesta enérgicamente para que quiten un coche aparcado en tercera fila que le estorba muchísimo para poder salir.

Bajo con precaución las empinadas escaleras que conducen hasta el final de mi periplo (sí, ya sé que no he venido en barco, pero el término queda bien), voy rezando para que el coche de Pedro Casañas



esté allí, pegando al museo de la Virgen de la Capilla, porque si no está, mal asunto. Todos sabemos que Pedro, por desgracia, tiene una gran dependencia de su automóvil, es sus pies y sus manos, como él dice, y en Pedro está plenamente justificado su uso por el laberíntico Jaén porque sus rodillas no lo dejan caminar como quisiera y le están dando la lata más de lo que sería menester.

Doy la vuelta a la esquina con los ojos cerrados, los abro de golpe, y allí está, menos mal. Allí está su coche. Ya sólo me queda dirigirme al timbre negro de la ventana y darle un toquecito; timbrar, como dice un amigo mío. Lo hago. Oigo ruidillos en el despacho de nuestro prioste y, al rato, sale por la puerta un poco renqueante, y me saluda con un buen apretón de manos y una amplia sonrisa. Entramos y nos sentamos junto a la mesa del despacho. Pedro no tiene prisa. Nunca tiene prisa. Y lo envidio

por eso. Yo siempre tengo prisa y ando por la vida bastante acelerado. Charlamos de varios asuntos, él tranquilo, y yo nervioso, sin atreverme a mirar el reloj porque sé que es un evidente síntoma de mala educación, pero pensando en mis innumerables tareas laborales, familiares, sociales, deportivas, festivas y hasta alegórico-dantescas. Me encantaría poder ser como él, como Pedro Casañas, o, mejor dicho, que mis circunstancias me permitieran ser como él, y poder sentarme tranquilamente a charlar, sin prisas, sin agobios, sin pensar en lo que tengo que hacer al minuto siguiente, pero por ahora eso tendrá que esperar.

De los varios asuntos que tratamos uno fue el de la confección de la presente crónica, que es precisamente a lo que iba yo tras esta leve digresión sobre algunos aspectos ligeramente negativos de nuestra querida ciudad de Jaén. Entre otras cosas me dijo que no me preocupara por las demás crónicas, que nos les hiciera demasiado caso y confeccionara la mía como me pareciera oportuno, puesto que no existen normas concretas para estos casos y lo mejor es no agobiarse y darle a cada crónica una porción de la personalidad del cronista. Aquello me tranquilizó, pero sólo un poco.

Me despedí de nuestro prioste y emprendí el regreso a mi casa, un regreso en el que volví a contemplar con estupor los muchos adelantos con que cuenta nuestra ciudad, un regreso que más vale que no relate aquí, porque ya está bien de critiqueos por ahora. En fin.

Con grande acatamiento e mayor agrado, cumplo mandato de mi muy reputado señor Don Lope de Sosa, e una vez tenida su venia, en el dicho su nombre e de él usando, pláceme hacer recordanza a V. M. del ya cercano acaecimiento de la memorable Cena Jocosa o Cena de Santa Catalina, que en cada un año es congregada por la afamada Asociación Amigos de Señor San Antón.

Repensaba mi señor dándole vueltas al caletre e haciendo mil calandrajos, sobre el lugar que habría de ser de mejor acomodamiento para este tan peculiar acontecer, e así cavilando, consideró de buena conveniencia para la Cena de estas calendas que corren, la de aceptar con mucha gratitud e satisfacción, el munífico ofrecimiento hecho con grande largueza e dadivosidad, por el honorable caballero, jaenés de pro, Don Joaquín Ramírez Sáenz, destacada personalidad farmacopólica, sapiente e muy docto en sus menesteres de Botica.

E porque el subsodicho ofrecimiento sea público e notorio, e ninguno alguno pueda pretender ignorancia dello, por el presente quede V. M. entendido, de que la ya nombrada Cena Jocosa, ha de tener disposición en estancias principales de la Casería que llaman de "El Plantío", pagos de "El Llano" desta ciudad de Jaén, pasado que sea el toque de ánimas del Sábado día veinticinco de noviembre que vendrá.

De grande provecho e mucha utilidad, es prevenir acomodo en sus menesteres, al objeto de no hacer falta a la mesa de mi señor, que grande enojo tendría en ello, como asimesmo, lo bueno e sano de discretos e prudentes ayunos, a fin de poder dar cuenta debida de las menudencias que al efecto se aparejan.

Dóile este recado de aviso e recordación, en las fiestas del señor San Lucas, deste año que cuenta dos mil del Nacimiento de Nuestro Salvador Jesucrista.

El Criado Portugués.

A PROPÓSITO DEL PERGAMINO DEL CRIADO PORTUGUÉS Y DE BALTASAR DE ALCÁZAR

No puedo evitar, ni quiero, hacer un comentario aquí del pergamino del criado portugués. En el poco tiempo que llevo perteneciendo a la hermandad, uno de los momentos que me han resultado más curiosos y mágicos es el de recibir la misiva que nos invita a la cena jocosa. Desdoblar el pergamino lacrado y contemplar su letra gótica es todo un espectáculo de deliciosa anacronía. Leerlo y releerlo se convierte en un acto casi litúrgico, en una ceremonia iniciática que constituye el primer eslabón de una cadena que tendrá su fin en los postres de una cena.

Mi primer contacto con el mundillo de la cena jocosa procede de la casa de mi abuela Elisa, en la que también vivían dos de sus hermanos, Teresa y Antonio Montero Solá, de hondas raíces giennenses todos ellos, y amantes de nuestras cosas. No en valde eran nietos del poeta Manuel María Montero Moya, e hijos de uno de los intelectuales más interesantes que, en mi opinión, ha dado nuestra provincia, el escritor y abogado Manuel Montero Garzón, mi bisabuelo. Allí, en la Carrera de Jesús, yo ojeaba en mi niñez los muchos libros que había diseminados por las habitaciones de la gran casa y, entre ellos, me llamaba la atención una colección de volúmenes de pastas rojas y duras en cuyo lomo se podía leer: «Don Lope de Sosa». Poco a poco descubrí que allí estaba encuadrada la colección completa de la revista que editara Alfredo Cazabán desde 1913 a 1930. Me gustaba hojearla y me resultaban muy curiosos su diseño, sus dibujos, sus fotografías... Con el paso del tiempo, al empezar a dedicarme al mundo de la literatura y de la investigación, volví a recurrir a aquella colección para consultar sus impagables datos, aunque cuando a Riquelme y Vargas se les ocurrió publicar una edición facsímil de la revista, la compré enseguida para no tener que tocar los originales de la casa de mi abuela y poder trabajar con más comodidad y sin el temor de estropear aquellas reliquias que prefería dejar reposando cómodamente en sus anaqueles.

Pronto averigüé que «Don Lope de Sosa» era un personaje de un poema del poeta sevillano Baltasar del Alcázar, y más concretamente de su poesía titulada «Cena jocosa». A mí eso de que un escritor de allende nuestras fronteras provinciales mencione en sus textos la ciudad de Jaén ha sido algo que siempre me ha gustado y que, incluso, he agradecido. Desde que ejerzo como profesor de literatura procuro siempre que puedo, y que viene a cuento, mencionar la relación directa, indirecta o incluso ligeramente sesgada que cualquiera de los autores consagrados españoles ha tenido con Jaén. Y no sólo hablo de literatura, sino que procuro

también inculcar a los alumnos el amor por lo giennense, muchas veces partiendo de duras críticas con las que intento mentalizarlos para que tomen conciencia de nuestros errores y defectos, y ellos mismos aporten lo que puedan en beneficio de nuestra tierra.

En este contexto he preguntado en alguna ocasión a mis alumnos por el lugar en que se halla en Jaén la calle Baltasar del Alcázar (en la cual, por cierto, el rótulo antiguo es correcto, en tanto que la moderna placa posterior reza equivocadamente «Baltasar **de** Alcázar»). Casi nunca lo han sabido a la primera, pero después de mencionarles el parque de la Victoria, la calle Baeza, la plaza Troyano Salaverry y, sobre todo, el bar «Stadium», acaban cayendo y ubicando perfectamente en sus mentes la situación de dicha calle. A la siguiente pregunta -¿quién era Baltasar del Alcázar?- nadie ha sabido contestar (tampoco saben, hasta que yo lo arreglo, quién era Joaquín Ruíz Jiménez, y pasan la mitad del día en unas aulas situadas en la avenida a la que da nombre aquel insigne abogado y político giennense). Cuando les explico que se trataba de un poeta sevillano de la segunda mitad del siglo XVI ya respiran tranquilos y contentos por poseer un dato más en su vasta cultura literaria y urbanística. Lo que ocurre es que la siguiente pregunta vuelve a desconcertarles: ¿qué pinta un poeta sevillano en una calle de Jaén? Aquí las respuestas son ingeniosas y variopintas -puesto que tanta pregunta se presta ya al cachondeo y a la distensión-, pero todas igualmente erróneas, claro está. En ese momento llega a su fin el propósito de mi «batería de preguntas», como diría uno de esos peligrosos psicopedagogos que tanto abundan en la actualidad, y es cuando puedo lucir mis mejores conocimientos de esa literatura nacional que toca tangencialmente lo jaenero; en ese momento es cuando digo con gran ilusión y algarabía aquello de que escribió un poema en redondillas que empieza:

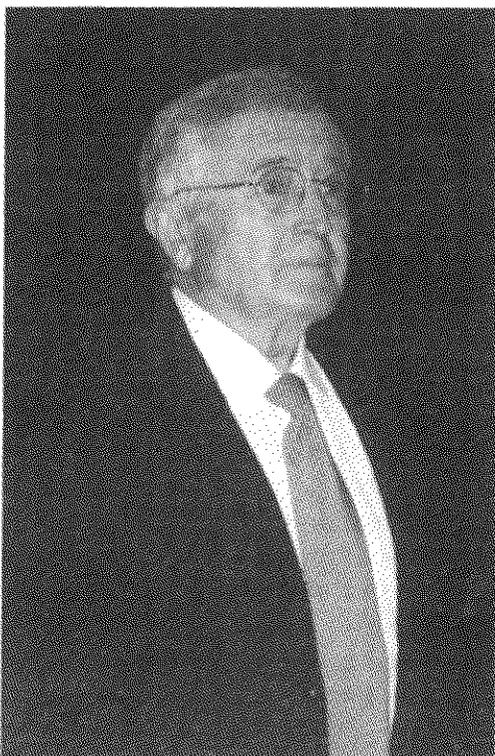
*En Jaén donde resido,
vive don Lope de Sosa,
y diréte, Inés, la cosa
más brava de él que has oído.*

Es entonces cuando mis alumnos ponen cara de estupefacción y de desconcierto, porque, acostumbrados a otra serie de mensajes más tecnológicos y cibernéticos, no acaban de verle a aquello la gracia. Pero lo bueno del asunto es que siempre hay alguno al que la cosa le interesa y toma nota para después hablar conmigo más despacio y pedirme los datos necesarios para poder leer completos los versos de Baltasar del Alcázar. Probablemente alguno de los que me preguntan acabe siendo en el futuro un ilustre cofrade de los Amigos de San Antón. En fin.

HACIA LA CASERÍA DE «EL LLANO»

Antes de la llegada del mes de noviembre en que celebraríamos nuestra cena jocosa o de Santa Catalina del año 2000, tuve todavía la oportunidad de hablar varias veces más con nuestro prioste, quien, cómo no, se encargaba con la entrega de siempre de ultimar todos los detalles relativos al evento. En esta ocasión, por estar situado el lugar de celebración de la cena fuera de los contornos de la ciudad de Jaén, había que organizar también los medios de transporte, que iban a ser coches particulares en los que nos ubicaríamos estratégicamente la totalidad de los miembros que esa noche pudiéramos asistir a la cena. Pedro me llamó para comentarme que iría con Ángel Aponte y Juan Antonio López Cordero, aunque más tarde aquella disposición se modificaría y una nueva llamada del prioste me anunciaba que yo iría en el coche de Juan Cuevas con éste, con Manuel López Pérez y con uno de los nuevos fichajes: María José Sánchez Lozano.

Cuando llegó el día en cuestión, recuerdo que aquella tarde-noche yo andaba por mi casa, no sin cierto nerviosismo, lidiando con los menesteres propios del hogar, los cuales en mi caso se ven multiplicados por una prole consistente en tres hijas de las más variopintas edades, a



Joaquín
Ramírez Sáenz,
dueño de la
Hacienda
donde se
celebró la cena

saber, una adolescente con problemas de hora de llegada en fin de semana, una siete añera con deberes escolares de esos que necesitan la ayuda de papá, y un bebé con pañales frecuentemente cambiables. A todo ello se unían las numerosas llamadas de teléfono, casi todas para mi hija mayor; alguna que otra visita inoportuna y los preparativos para asistir, esa noche precisamente –mala suerte la mía– a la festividad del colegio de Cristo Rey, que es el colegio de mis niñas, y a la que yo, obviamente, no podía ir, con el consiguiente y justificado mosqueo de mi familia. Por supuesto, como era de esperar, el portero automático no funcionaba. Funcionó todo el año, menos ese día. Se oía «timbrar» desde abajo, pero nada más. Imagínense. Cada vez que alguien llama-



ba –y sonó más que ningún otro día–, había que bajar al portal o esperar que quien fuera subiera por su cuenta al sexto piso donde resido. Menos mal que el ascensor ¡oh, milagro! sí funcionaba. Yo sabía que alguna de esas llamadas sería la de Juan Cuevas, pero, claro está, no sabía cuál, con lo que mi nerviosismo crecía y crecía. En una de las llamadas yo, ya vestido y preparado, con un absurdo optimismo y bastante desesperación, me desgañitaba a través del aparatejo a ver si se me oía abajo, pero nada de nada, que si quieres arroz, Catalina. Me despedí de mi prole femenina, comprobando con cierta pena que no me miraban bien ni mi mujer ni mis hijas, y bajé al portal. En efecto, allí estaba Juan Cuevas. Me disculpé por no haberle contestado desde arriba, pero él, con su habitual flema y sobriedad casi británicas, ni se inmutó. Conozco a Juan desde la época en que ambos estudiábamos en el instituto Virgen del Carmen y después he tenido mucha relación con él en su labor como bibliotecario municipal, y sé que es persona seria y de fiar, para quien el agobio no existe. Nos montamos en su coche y nos dirigimos hacia la casa de Manolo López Pérez, la cual, a pie y en línea recta, está a minuto y medio de mi portal. Sin embargo, gracias a la hábil ordenación urbanística de nuestra ciudad, tuvimos que dar dieciocho rodeos de lo más inverosímiles hasta dar con la calle San Antonio. Una vez allí, y tras algún que otro titubeo para encontrar el portal que buscábamos, Manolo bajó, nos saludó y nos hizo algún que otro comentario de esa simpática discoteca –no estoy seguro si se les sigue llamando así a los locales donde se

baila con música estridente— que, pegada a su casa y con nombre de circunvalación madrileña, se encarga, con inusitada habilidad, de perturbar la tranquilidad y el sosiego nocturno de los ciudadanos que intentan vivir allí previo religioso pago de los obligatorios impuestos municipales.

Ya los tres en el coche, Paseo de la Estación arriba, nos dirigimos hacia nuestro destino. Como era de noche, estaba oscuro, yo iba charlando y, además, no caí en la cuenta, no me dediqué a auscultar los defectillos de dicho paseo o avenida. Menos mal.

Ya casi en el inicio de Roldán y Marín nos esperaba, bien abrigada, María José Sánchez Lozano, una de las acertadas nuevas incorporaciones, buena amiga desde hace bastante tiempo. Ya íbamos cuatro y la charla se hacía más variada y animosa. Juan serpenteó un poco más, eludió alguna que otra vía cerrada por obras, y enfiló relativamente pronto la carretera del Puente de la Sierra, carretera estrecha y sinuosa que por la noche es casi boca de lobo, pero el conductor iba bien aleccionado por Pedro Casañas y, además, sabía que una señal en la carretera —un saco rojo atado a una señal de tráfico— le indicaría la entrada por la que debíamos introducirnos. Todo estaba, como es habitual en nuestra hermandad, bien pensado y preparado.



LA LLEGADA

La carretera dio paso al camino que conducía hasta la casería, un camino flanqueado por olivos y por piedras ancestrales, piedras procedentes del antiguo convento de San José de los Carmelitas Descalzos, cuyo edificio, ubicado en la Carrera de Jesús, pasó a ser propiedad de la familia Ramírez. Al acercarnos a la casería, un joven nos hizo señas para que colocáramos el coche en un lugar concreto, entre los mullidos terrones del olivar. Juan Cuevas condujo con docilidad hasta donde se le indicaba. Al echar pie a tierra nos sorprendió una agradable temperatura impropia del mes de noviembre. El joven que nos había guiado se identificó como el casero, nos dio la mano y nos sonrió. Yo lo conocía, «qué pequeño es el mundo», suele decirse en estos casos, pero lo que está claro es que Jaén sí que es pequeño. Lo conocía y se lo dije, era de mi barrio, el hermano de un amigo de quien perdí la pista hace muchos años; lo llamé por lo que recordaba de él: su apellido; y él asintió, confirmó que se llamaba como yo le dije, pero no se inmutó ni hizo ningún comentario, probablemente él no se acordaba de mí. Suele pasar.



Entramos en la casería y comprobamos que éramos de los primeros en llegar. Allí estaba Pedro Casañas junto a unos pocos cofrades madrugadores. Nos presentó a nuestro anfitrión, don Joaquín Ramírez Sáenz, quien nos recibió con la cordialidad y simpatía que caracteriza a este distinguido caballero de honda raigambre jaenera. Tengo que confe-



sar que eché de menos la presencia de su mujer, doña María Teresa García Gómez, a quien conozco desde hace tiempo por ser también muy «de Jaén» y, sobre todo, porque dos de sus muchos hermanos son Rafael y Encarna, buenos amigos y compañeros de trabajo en el colegio de los hermanos Maristas.

La casería, perfectamente restaurada y acondicionada, presentaba un magnífico aspecto, con ese sabor antiguo y cálido de las típicas casas de campo giennenses. La decoración era sobria y campestre y predominaban los motivos cinegéticos. Demasiados cuernos, quizá, por las paredes, sobre todo porque obligaban a los fotógrafos a encuadrar bien sus objetivos para que las dichas cornamentas de los malogrados ciervos no quedaran colocadas, por casual efecto óptico, justo encima de algún que otro ingenuo comensal.

Era muy temprano todavía y yo no podía evitar acordarme del jaleo que había en mi casa cuando me marché. Quería pensar que mi mujer habría conseguido barajar a nuestras hijas y ya estaría en la capilla del colegio de Cristo Rey. Me hubiera dado tiempo a acompañarlas y echar una mano, sobre todo con la pequeñita, nuestro bebé, que se comporta nada más que regular cuando la tenemos que llevar a alguna iglesia. Me cachis. Pero la cosa ya no tenía arreglo y había que centrarse en la reunión de nuestra confraternidad.



LOS PROLEGÓMENOS

Poco a poco iba llegando el resto de los amigos de San Antón y la charla con unos y otros me hacía olvidar el mal rato por mi truncada festividad de Cristo Rey y me permitía concentrarme en los prolegómenos de la cena en la que yo iba a ser cronista.

Por la fecha en que se celebran, en algunas cenas jocosas, como es bien sabido, se pasa un poquillo de frío, pero en esta ocasión la bondad meteorológica y la calidez del lugar en que nos hallábamos contribuyeron a crear un clima más que agradable. Las primeras charlas se produjeron en la planta de abajo, sobre todo en una sala lateral en la que se hallaba una gran chimenea con una repisa repleta de objetos de cerámica, alguna que otra escopeta y algún que otro pajarillo disecado.

A una señal de nuestro prioste, quien todavía no había empezado a usar la campanilla, nos dirigimos en comandita por una angosta y



El cronista

por distintos motivos no pudieron asistir. Yo me arrimé a uno de los laterales, en donde se hallaban los pergaminos, obsequios y demás «materiales» necesarios para iniciar el evento, porque sabía que en mi condición de cronista no debía alejarme demasiado de allí, ya que en cualquier momento se iba a requerir mi presencia. Estuve charlando con María José Sánchez, quien, entre otros méritos, posee el de ser cronista de Torres, pueblo que conozco bien por ser el de procedencia de la familia de mi mujer. También andaban por allí Maribel Sancho, buena amiga y colega tanto en el mundo de la docencia como en el de la literatura y cultura giennenses; y Ángel Viedma, un ejemplo actual de que la figura del médico-humanista sigue existiendo. Con él mantuve una amena charla acerca de su profesión, la pediatría, y sobre manuales antiguos de puericultura que ha ido recopilando a lo largo de los años. La sala era estrecha y allí estábamos, cómodos y a gusto, pero algo apelotonados, así que me costaba distinguir a todo «el personal». Cerca de donde yo me hallaba estaba nuestro anfitrión con José María Pardo, Paco Cerezo y Pedro Casañas; Juan Cuevas y Julio Puga conversaban con Manuel Kayser, uno de los nuevos miembros; Miguel Calvo hacía algún

empinada escalera hacia una sala acogedora y rectangular en la que celebramos los primeros agasajos, homenajes y comentarios digamos que «oficiales». Yo no tenía todavía la «libretilla» y el «pilot» azul, pero recuerdo que eran las nueve de la noche (o sea, las veintiuna horas). La cosa se animó de golpe. Las reposadas charlas de la planta de abajo, se convirtieron ahora, ya con la cerveza, el vino y los primeros aperitivos, en muy animadas conversaciones de abigarrados grupos. Por allí andábamos todos, o casi todos, porque como es habitual, y lógico, faltaban algunos miembros que



que otro esfuerzo por entender lo que le decían Juan Antonio López Cordero, Ángel Aponte y Manolo López Pérez; Pilar Sicilia conversaba con Fernando Lorite, y muchos otros iban y venían de un corrillo a otro, sobre todo, y como es habitual, Antonio Martínez Lombardo, que picoteaba en todas las charlas; y Antonio Martos, que organizaba y ponía las cosas en su sitio.

Enseguida, y como ya ha quedado consignado en las primeras páginas de este libro-crónica, fui requerido muy ceremoniosamente para la tarea de cronista, recibí los trastos de escribir y me puse a ello, aunque mi natural despistado y algo apático seguro que me jugó la mala pasada de que se me pasaran las mejores, motivo por lo cual pido ya disculpas de antemano.



SALUDO DEL PRIOSTE

La campanilla empezó a funcionar y, como es habitual, Pedro Casañas inició las intervenciones con unas palabras de bienvenida a los asistentes. Tras dar las gracias a los anfitriones por su generosa acogida y ofrecerles la pertinente placa que quedaría en la casería como recuerdo del acontecimiento, también saldó – con la entrega de otra placa– una vieja deuda de gratitud con don Antonio Molina Fernández, el encargado de que todo lo fundamental en una cena, es decir, todo aquello que hay que masticar, ingerir, tragar y sorber, desde las minucias de entrada hasta los postres, sea del agrado de los comensales.

Estas fueron las palabras del prioste:

Como justo y necesario es que así sea, las primeras palabras que en esta velada se pronuncien, han de ser naturalmente de saludo y recepción. En su consecuencia, sed bienvenidos todos a esta veintitrés edición de nuestras entrañables Cenas Jocosa o Cenas de Santa Catalina, que en estas calendas es cena finisecular en la agonía de las últimas luces del siglo XX, pero cena a la que siempre concurriríamos con la ilusión de un nuevo y fraternal encuentro.



Es la cena del año dos mil, en esta casería de «El Plantío», pagos de «El Llano», inmersa entre olivares preñados de abundosa cosecha. Olivares de Jaén, casería de Jaén, donde los Amigos de San Antón, tan amigos de Jaén, se aprestan a celebrar esta anual convocatoria, gracias a la largueza y generoso gesto de nuestro buen amigo don Joaquín Ramírez Sáenz, que no sólo ha tenido esta tan dadivosa actitud, sino que tanto él como su esposa, doña María Teresa García Gómez, se han excedido en atenciones y detalles, que nos rinden en la más sincera y veraz gratitud.



Gracias Joaquín por esta obsequiosa deferencia que tanto nos honra.

Como muestra de este tan particular evento queremos dejar una señal de ello, en una placa conmemorativa, para que si a bien lo tenéis, figure en alguno de los muros de esta tan jaenera casería, para constancia de presentes y venideras generaciones.

Por otra parte y justo es decirlo, prácticamente todos los presentes, año tras año, venimos asistiendo a estas queridas celebraciones en las que no cabe dudar que una de sus más principales partes es la esencia material de la cena en sí. Y lógicamente y aunque parezca una perogrullada decirlo, para que esta parte de la cena sea posible, hay que debidamente prepararla y cocinarla en y con las condiciones adecuadas.



Y digo esto porque no es lo mismo hacer estas faenas en la holgura de la cocina de un restaurante o en amplias cocinas particulares, a tener que llevarlo a efecto en lugares muy dispares a la vez que inapropiados para el caso, como puedan ser la mayoría de los centros oficiales donde hemos celebrado algunas cenas, incluso en algún que otro lugar que no viene al caso, donde se ha carecido de los más elementales útiles y dispo-

siciones , con las consiguientes dificultades para llevar a buen fin la tarea. situaciones estas que ha padecido quien cada año nos atiende en este menester.

Sin embargo, año tras año y así durante cuatro lustros, a pesar de los dichos inconvenientes, con toda puntualidad, pulcritud, esmero y delicadeza, don Antonio Molina Fernández, Maestro de Hostelería, dueño y director del restaurante «La Ponderosa», contra viento y marea de los entorpecimientos tenidos para el buen ejercicio de su función, nos ha tenido a punto y a la mayor satisfacción el condumio, que es, como antes dijimos, complemento de la mayor importancia para estas celebraciones.

En su consecuencia, entiende la Asociación que de justicia es tenerle a don Antonio Molina algún detalle que sirva como expresión de la gratitud y reconocimiento por el ejemplar servicio que nos viene teniendo durante veinte cenas jocosas.

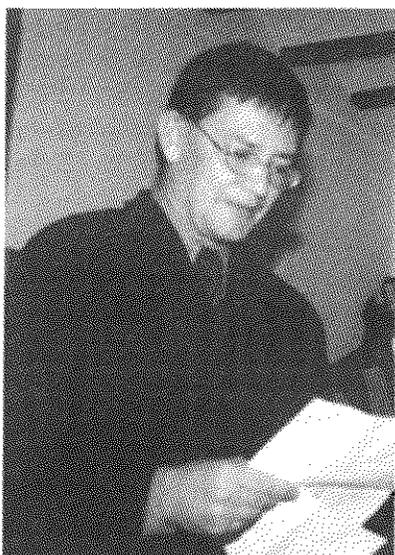
En prueba de ello, recibid don Antonio esta pequeña muestra en prueba de gracias y satisfacción.

Tras las palabras de Pedro Casañas y la entrega de los recuerdos, la reunión cobraba ya visos de cordial «oficialidad». Las charlas, entre copa y copa, y entre tapa y tapa, subían de tono, en espera del nuevo campanillazo que, no sin algún que otro esfuerzo e insistencia, lograría apaciguar los ánimos y acaparar la atención de los allí presentes.



PRESENTACIÓN DE LOS NUEVOS COFRADES

Desde que dos años antes, Rufino Almansa –ausente en esta ocasión– y yo mismo fuéramos presentados como nuevos miembros de honor y de número respectivamente en la cena celebrada en el palacio del Condestable Iranzo, no había ingresado ningún otro componente en la Asociación. Tras esta «parada técnica» que ha servido para la prudente reflexión, se decidió que entraran «de golpe» dos miembros de honor: María José Sánchez Lozano y Manuel Kayser Zapata; y un miembro de número: Francisco Cano Ramiro. Lo más normal en anteriores cenas era que hubiera un presentador por cada presentado, pero en esta ocasión se encargó a nuestro buen amigo Ángel Aponte dar la bienvenida a los nuevos cofrades y realizar una triple presentación. No era fácil la empre-



sa, sobre todo debido a la interesante heterogeneidad de las tres personas de las que tenía que hablar; pero Ángel, con su sentido común y su inteligencia habituales, y, sobre todo, con su fina sensibilidad, supo salir más que airoso de la empresa. Eran las diez menos cuarto de la noche cuando dijo lo siguiente:

Queridos amigos: una vez más estamos juntos y en esta ocasión en la Casería de El Plantío, dentro de los Pagos del Llano, gracias la hospitalidad de don Joaquín Ramírez Sáenz, y podemos alegrarnos de recibir en esta Confraternidad a tres nuevos miembros. Se trata de una historia-

dora, de un artista y de un labrador.

La historiadora es María José Sánchez Lozano. Es licenciada en Historia Contemporánea por la Universidad de Granada, profesora de Instituto, Cronista Oficial de Torres, de donde procede, Bibliotecaria de la Real Sociedad de Amigos del País de Jaén, Colono de Honor de las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena... Además de todo esto, ha impartido cursos en numerosas ocasiones, pronunciado conferencias y ha conseguido llevar a buen puerto una tarea difícil donde las haya, la de catalogar un Archivo, nada más y nada menos. Gusta rodearse de papeles antiguos y de libros viejos, es capaz de contar con una demostrada capacidad organizadora, sin perder ese punto de ensoñación en el pasado que caracteriza a todo estudioso de la Historia. Pertenece a ese puñado de historiadores que comenzó a investigar en la década de los ochenta, y que sin pretenderlo constituye un grupo a tener en cuenta en la historiografía giennense, por imperativo generacional. Sus trabajos de investigación son numerosos y rigurosos. A mí especialmente me parece fundamental el que dedicó a la Tormenta del Día de San Gil, un desastre natural que asoló a Torres en el siglo XIX, y que me parece ejemplar en su planteamiento y desarrollo.

El pintor es Manuel Kayser Zapata. De niño iba y venía entre tareas y recados encomendados por don Enrique Barrios Torres, profesor de Dibujo de la Escuela de Artes y Oficios, después asistió al estudio de nuestro Alfonso Parras, como ayudante en la preparación de pinturas lienzos y recados. A mí estas cosas me parecen sacadas de una vida de pintor del siglo XVI. Inició sus estudios artísticos en la Escuela de Artes y Oficios de Jaén. Pasó después a la Escuela de Bellas Artes de San Carlos de Valencia, para continuar posteriormente su formación en la Escuela Superior de

Bellas Artes de San Fernando. Allí, bien cerca del Prado. Madura su formación en El Paular, en Segovia, y después viene el tiempo de la docencia en el Instituto de Alcaudete, para después vivir una larga etapa de enorme creatividad en Arquillos y Mengíbar. Más tarde retorna a la vida académica, sin dejar de pintar, para formar parte, ya definitivamente, de la Escuela de Artes y Oficios de Jaén.

Manuel Kayser es autor de una obra fecunda, cargada de sentido trascendente a través del estudio de la naturaleza y del tratamiento de los objetos humildes. Hay en su obra una doble preocupación: metafísica y religiosa. Cabe aquí recordar a Heidegger y a san Francisco de Asís. Del santo medieval tiene el amor a la tierra, el sol, el agua... dice él mismo: «cuando pienso en el Espacio veo espiritualidad que me eleva a Dios como principio, misterio, deseo de conquista...». La lectura metafísica de su obra proviene, cito otra vez sus palabras, de su voluntad de meditación sobre el mundo físico, su origen, sus formas y funciones y sobre todo su «Existir inmutable en el tiempo». Tierra, otoño, lluvia, humus y objetos humildes trascendidos, dignificados en su pobre materia. El sentido de la pintura de Manuel Kayser se encarna a través del paisaje. Campiñas de Mengíbar, tierras rojas de Arquillos, riscos de Los Villares, pero aquí hay algo que nos interesa a nosotros, Amigos de San Antón: creo que Manuel Kayser ha contribuido a desvelar esta realidad que llamamos Jaén, una capacidad clarificadora que reside más en los artistas y en los poetas que en los políticos y en los historiadores, que somos capaces de intuirlo pero no de plasmarla o expresarla en una obra acabada.

El labrador es Francisco Cano Ramiro. Y ¡qué bien cuadra un labrador con una historiadora y un artista! Para el historiador el paisaje es un libro abierto capaz de hablarle del pasado. Para el artista es color, forma, belleza o argumento estético y poético. Pues bien, este paisaje de Jaén que es una obra de arte inmensa, poseedora una naturaleza histórica, tiene su origen, su autoría, en los labradores que lo han hecho tal y como lo vemos día a día, con sus labores, siembras y cosechas durante generaciones. Francisco Cano Ramiro está entre ellos, con su nombre y su linaje confundido en el paisaje, como los artífices medievales, casi todos ellos anónimos, pero que fueron capaces de levantar catedrales, artífices cuyos nombres se encuentran en la piedra y en el sonido de las campanas. Así que si le preguntáis a Francisco Cano Ramiro por su obra bien podéis, en una de estas mañanas frías y claras de noviembre, subir con él a un alcor de Villar de Cuevas o del Cortijo del Marqués, él os podrá sencillamente indicar con un gesto, no hará falta más, y allí veréis olivares, surcos y tierras calmas. Vosotros de esta manera conoceréis una de las hojas de servicios más nobles que puede tener un hombre: la formada con el trabajo, las madrugadas y el amor a la tierra.

Pues bien, amigos, el ángel que guía vuestros pasos os ha traído aquí entre nosotros. Y de esta manera cada año siempre que sea voluntad de Dios nos juntaremos, como una compañía errante de esas que salen en los libros de caballerías, errante pero albergada bien en unas casas patricias o en otras sencillas, solares siempre ennoblecidos por sus señores capaces de vivir y ejercer los deberes antiquísimos de la hospitalidad.

Bienvenidos.

Cariñosa y literaria bienvenida pronunciada con la voz poderosa y el tono seguro de Ángel Aponte. A Manuel Kayser yo no lo conocía personalmente, pero sí a través de su excelente pintura y también a través de sus hijos, a quienes he dado clase con bastante agrado, porque todos los Kayser que han pasado «por mis manos» han sido gente de buen carácter y con inquietud por aprender. De Francisco Cano Ramiro conocía su talante de hombre serio y responsable, y su amable trato, puesto que ya había asistido a la comida «de los cónyuges» celebrada con anterioridad. En cuanto a María José Sánchez tengo que decir que siempre he admirado su manera de actuar, especialmente como responsable de la biblioteca de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, en donde ha desarrollado una labor ejemplar.



RESPUESTA DE LOS NUEVOS AMIGOS

Fue precisamente María José la encargada de dar réplica en nombre de los tres nuevos miembros a las palabras de Ángel Aponte. Eran poco más o menos las diez de la noche cuando dijo lo siguiente:

Cuando hace ya muchos años yo acudía a las conferencias del Arco de San Lorenzo nunca pensé que algún día tendría el honor de pertenecer a los Amigos de San Antón. Fundamentalmente y en primer lugar, porque se trataba de un círculo muy prestigiado reservado a un grupo de giennenses cuyo interés y esfuerzo por la protección y difusión de la cultura les hacía merecedores de ello; pero sobre todo aunque hubiesen concurrido en mí las circunstancias idóneas para pertenecer a él, había algo que lo hacía imposible, y es que era mujer.

Pasado el tiempo, y ya integrándome en los Amigos de San Antón, tengo que agradecer de todo corazón a esta Asociación el que haya tenido a bien que esta mujer pase a formar parte de ella.

A Ángel Aponte, buen amigo y compañero, le doy las gracias por las amables presentaciones que ha hecho de los nuevos Amigos de San Antón. Francisco Cano Ramiro, Manuel Kayser Zapata y la que os habla.

En nombre de los tres expreso a la Asociación nuestro sincero agradecimiento y gratitud, porque para cualquier giennense estar aquí conlleva el honor.

Y bien, estamos en la Cena Jocosa, evento muy conocido por los giennenses yo no sé muy bien si más por los Amigos de San Antón que por Baltasar de Alcázar, porque los 23 años que esta Asociación lleva reuniéndose en confraternidad, dejando puntual y detallada constancia de ello, está contribuyendo a su difusión quizás más que la lectura de la obra del poeta sevillano.



Y estamos reunidos en torno a buenas viandas, lo mismo que hace ya más de cinco siglos le gustaba hacer al Condestable Don Miguel Lucas de Iranzo, ese personaje que tan bien ha tratado la historia y del que rara vez se han resaltado sus defectos. Yo, no voy a hacerlo y desde luego menos en una cena que debe caracterizarse por la gracia y lo festivo, al menos eso es lo que dice el diccionario de la palabra 'jocosa'. Sólo voy a recordaros, porque todos los conocéis, sus famosos banquetes ya que inexorablemente quedaron vinculados para siempre a la historia de los giennenses.

Llegó Don Miguel a nuestra ciudad en la navidad de 1460 huyendo de las intrigas de la corte. Mala decisión la suya, porque las intrigas de aquí no le permitirían huir a otro lugar. Le costaron la vida mientras ajeno a todo se entregaba a esa faceta de su personalidad que tan presente estuvo en su vida: su profunda religiosidad.

Era un hombre amante de los placeres y por supuesto de la buena mesa. Todo le gustaba celebrarlo con comidas, a todo el mundo ofrecía su mesa.

Por Navidad, por Pascua Florida, por Pentecostés, por supuesto por su boda, o por el nacimiento de sus hijos. Congregaba a todos, pueblo y

nobleza, eso sí de forma distinta. A los primeros les preparaba buenos banquetes con carne, mucha carne, abundaban los cabritos, carneros, vacas, pavos, gallinas, jugosas frutas, las canastas repletas de panes, las cazuelas de pasteles, los vinos, que esperaban ser consumidos mientras se enfriaban en artesas llenas de agua fría.

Sus banquetes duraban varios días. Comenzaban a media mañana con un buen aperitivo. Al mediodía los siempre numerosos invitados comían copiosamente, por la tarde, más aperitivos, y a la noche la cena seguida de bailes y juegos hasta bien entrada la madrugada. Entre comida y comida no faltaban las corridas de toros, algunas se lidiaron en su propio palacio. El festín se adornaba de gran pompa y boato, con maestresalas, pajes y ministriles que sin parar de tocar anunciaban con acordes distintos la llegada de cada nuevo plato. Todo muy refinado y por tanto más cercano a lo cortesano que al mundo medieval.

Al pueblo lo invitaba de otra manera, ciertamente más vulgar pero quizás también más divertida. yo me imagino muy entretenidos aquellos combates de huevos que debían ser interminables si es verdad que llegaban a destrozar hasta 10.000. Eso ocurría el día del hornazo, después de la batalla pasaban a atiborrarse de estas exquisitas tortas. Con la misma glotonería comían en las hogueras que ardían por las puertas de la ciudad, allí donde se levantaban los conventos, al amparo del transitar de las gentes para obtener buenas limosnas. Al calor de esas lumbres callejeras asaban cabritos, todo tipo de aves y buenos tocinos. Comían y bebían participando del derroche hasta utilizar los alimentos como pelotas de juego. Motivo por el que ima-



gino que deberían acabar casi enfermos por indigestión, porque aquellos desgraciados estómagos tan poco acostumbrados a tal placer no deberían digerir bien tal acopio de manjares. Y es que el pueblo no necesitaba los puntuales aportes alimenticios que le ofrecía el Condestable, ni mucho menos. Realmente el mejor modo de atender sus necesidades no era precisamente este tipo de limosna.

En cualquier caso eran demencialmente abundantes y el derroche era la nota predominante. Cuando agasajaba a sus amigos moros se escandalizaban de tanta abundancia. Pero tenía que sobrar, si no, no era suficiente.

Esas eran sus comidas. Y nada tienen que ver con las nuestras. Ahora los médicos nos dicen que si comemos como ellos nos sube el colesterol. Eso en el mejor de los casos, porque si nos toca carne de las vacas locas el peligro es bien distinto. Tampoco podemos excedernos en cantidad porque entonces la gastritis o quizás la úlcera que hayamos contraído por el desorbitado ritmo de vida que llevamos nos pueda dar la noche, también en el mejor de los casos. Desde luego, a buen seguro que, al menos de gula ya es difícil pecar. No, ciertamente no comemos como lo hacían ellos. Ni nuestras vajillas son de plata y oro, ni falta que nos hace desde luego. Buen vino sí que tenemos aunque nos falten los ministriles tocando las chirimías para amenizar la velada.



Si distinta es la comida, también muy distinta es la ciudad, cada uno de nosotros nos hemos desplazado a través de ella sin que apenas exista ningún rastro de entonces.

Hemos salido de Jaén sin pasar por ninguna de las puertas que rodearon la muralla, tampoco hemos subido por el arroyo de la carrera. En la plaza de San Francisco ya no están las carnicerías, ni la puerta de Santa María. Sí que hemos pasado por la plaza del mismo nombre, aquella que el Condestable allanó para que en ella pudieran entrenarse los caballeros para acudir a la guerra sin necesidad de lisiarse. Aquella que llegó a ser «la más llana y gentil plaza del mundo» porque aunque exagerara el autor de la crónica de Don Miguel seguro que como giennenses alguna vez

nos la ha parecido. Pocos habrán pasado por otra que nos están arreglando y que ojalá nos la dejen gentil porque desde luego llana parece que no. Es lo que se desprende de los desniveles que vamos viendo y que nos dejan como mínimo expectantes hasta ver como la terminan.

Y para concluir con mi recuerdo del Jaén medieval quiero aludir a un mundo que no provoca ninguna añoranza, al contrario, es alentador, me refiero al mundo de la mujer, a las distintas y abismales circunstancias que rodearon a aquellas mujeres y las de hoy. Y digo abismal conscientemente, y no olvido que hoy es el día contra la violencia a las mujeres, por ello aprovecho para recordar la triste realidad cotidiana de buena parte del colectivo femenino. Pero esta noche también quiero recordar los grandes logros que hemos conseguido. Volviendo a la época que rememoro, en ella la mujer estaba relegada fundamentalmente a ser madre y esposa, evidentemente no era convocada a los alardes del Condestable, ni falta que le hacía tampoco. Entregada al destino que la tradición le tenía reservado tuvo que hacerse coqueta. ¿De qué manera si no podía encontrar marido? Algunas, muy pocas y por supuesto de alta alcurnia, podían saber leer y escribir e incluso hacer cuentas, eran tan raras y escasas que hasta sabemos sus nombres, Leonor González de Escabias era una, pero no era lo común.

Termina el siglo XX y aquí en la cena Jocosa las mujeres estamos de enhorabuena. Tres mujeres ajenas al mérito de ningún cercano varón sea éste padre, marido o hijo, estamos aquí, compartiendo la velada de igual a igual con el género masculino. Cuentan con nosotras y no nos reclaman por destacar precisamente por el buen hacer en lo que siempre se llamó «nuestras labores» que dicho sea de paso son bien hermosas y ciertamente creativas en contra de lo que pudiera pensarse. yo lo he descubierto a base de no poder dedicarme a ellas.

De nuevo, y desde mi condición de giennense y mujer, muchas gracias Amigos de San Antón.

Más que interesantes los datos que nos ofreció María José y muy a propósito del momento en que nos hallábamos. Algo nerviosa, quizá, por la responsabilidad, pero muy concentrada en su labor, reivindicó con elegancia el papel de la mujer en la sociedad y supo enlazar con habilidad el pasado medieval y la realidad actual.



LA FOTO DE FAMILIA

Al escritor hispano-peruano Mario Vargas Llosa le gusta decir de algunos de sus personajes que caminan como si fueran las diez y diez. Pues esa hora era precisamente cuando se nos anunció que había llegado el momento de hacernos la foto de familia. Nuestro prioste, siempre atento a cualquier circunstancia y quizá preocupado porque algún cofrade se hubiera «despistado» con las primeras bebidas, nos advirtió que bajáramos con orden y buen tino para que no nos cayéramos por la susodicha escalera empinada. Llegamos abajo en bastante buenas condiciones, mucho mejor que lo que les suele ocurrir a los personajes del escritor

leonés Luis Mateo Díez cuando se juntan en circunstancias parecidas a las nuestras. En el exterior seguía sorprendiendo la temperatura casi primaveral. Con poca disciplina nos fuimos colocando como buenamente pudimos en las escaleras de entrada, bajo el rótulo de «El llano». Los de la fila de delante —a los que más y mejor se les ve— erguidos y orgullosos, tranquilos, dominando la situación; los de atrás estirando el cuello para que se nos viera algo la perola; y los de más atrás encaramados como podían y haciendo equilibrios para no caerse de donde estuvieran subidos. Sin duda es uno de los momentos más distendidos y divertidos, a pesar de que, si mal no recuerdo, a nadie se le ocurrió decir aquello de «patata, patata» o «ponle el carrete» u otro comentario similar de inteligente y original agudeza.

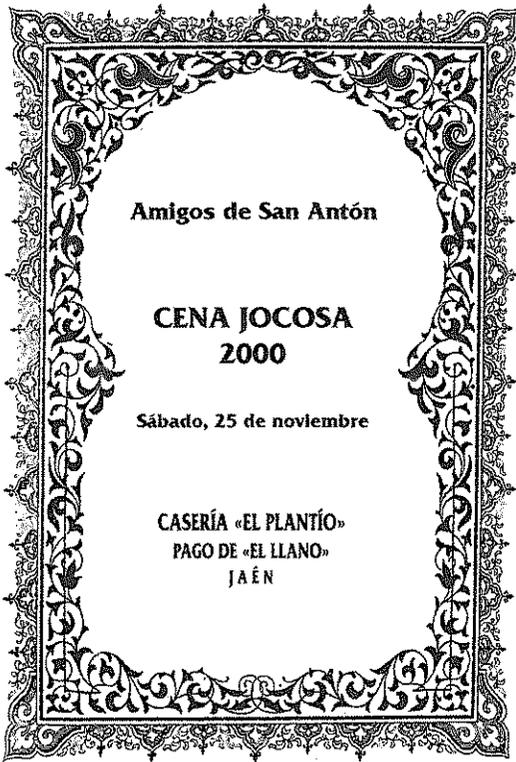
El momento de la fotografía es también una buena oportunidad para saludar a los que te habían «cogido» retirados



hasta ese momento. A Antonio Casañas le pregunté por sus hijos, a quienes di clase en los Maristas y «utilicé» más de una vez como «enlaces» con su hermano Pedro; con Maribel Sancho volví a cambiar impresiones sobre la universidad y la literatura; también pude saludar a Pedro Jiménez, con quien mantengo una buena amistad desde los años en que él coordinaba los Congresos sobre Historia de Jaén en la antigua Escuela de Magisterio. Con Juan Higuera, de quien fui alumno en el instituto Virgen del Carmen y en el antiguo Colegio Universitario de Jaén, dialogué sobre la situación actual de la juventud y de la enseñanza. Siempre he admirado de él su capacidad para adaptarse con naturalidad a distintas circunstancias, desde la seriedad y la profesionalidad de su tarea como profesor hasta la cordialidad y la simpatía de su amistoso trato fuera de las aulas.

También tuve la oportunidad, ya de regreso hacia el interior de la casería, de saludar y abrazar a mi buen amigo Juan Antonio López Cordero, con quien hablé de la Universidad de Jaén y la dificultad de acceder a ella cuando uno se mueve desde fuera, asunto este que ya recogiera él mismo en la crónica de la anterior cena y que no podemos soslayar a pesar de que está un tanto manido.

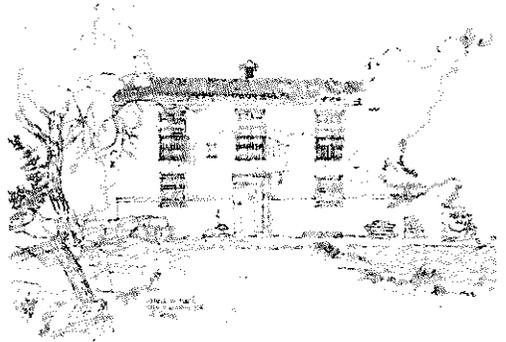




*Olivares en la loma
en el llano olivares,
olivares en el valle
es la cañada olivares.*

A una legua de Jaén, en el camino que conduce a la Sierra, encontramos la casería que dicen de «El Plantío» y también de «El Llano».

Entre un mar de olivos, tradicional casería de Jaén, recientemente remozada, en la que la Asociación *Amigos de San Antón* celebra la Cena Jocosa del año dos mil, en la noche del veinticinco de noviembre, festividad de Santa Catalina Mártir, Patrona de Jaén, por generosa dejación que para ello hacen sus propietarios, Don Joaquín Ramírez Sáenz y Doña María Teresa García Gómez.



Minuta

Minucias de entrada

Aceituna Moradilla / Garbanos Tostados
Patatas Casa Paco / Almendras Saladas
...
Jamón Serrano / Queso Manchego
...
Chorizo Ahumado / Morcilla de Carchelejo
...
Cerveza *Alcañal* / Manzanilla *La Guita*
Refrescos varios

Cena

Caldo de Puchero con avío
...
Menestra de Verduras, rehogada con Jamón
...
Cazuela de Meluza, guarnecida

Vinos

Haloque y Trasanjejo

Postre

Macedonia de Frutas

Sobremesa

Hojaldrinas / Yemas de Las Descalzas
Sultanas de Coco / Rosquillos de Almendra

Anís *Castillo de Jaén* y Crema de Café
de las Destilerías de Angel Tirado

INICIO DE LA CENA

Eran las once menos veinte cuando entramos en el excelente salón de la planta baja que nos iba a albergar durante el transcurso de la cena. La mesa, con los manteles blancos todavía immaculados, estaba perfectamente preparada y adornada con floreados centros. Muy bonito todo, sí señor. Para poder tomar asiento, cada uno de nosotros buscamos, con más o menos tino, el rótulo con nuestro nombre. Enseguida encontré el mío y al echar la primera ojeada a mi alrededor pude darme cuenta de que a mi derecha permanecía, solo y a la expectativa, el cartoncito que contenía el nombre y los apellidos de Juan Eslava Galán. Por fin me colocaban junto a él en una cena, ¡albricias!, por fin tendría la oportunidad de hablar largo y tendido de mi interés por convertirme, igual que él, en novelista famoso. No se le había visto por allí todavía, pero como suele llegar tarde a las cenas tampoco me extrañé demasiado, ya llegaría. Como con él no podía hablar y mi otro adlátere, Manolo López Pérez, miraba para otro sitio y charlaba por el otro flanco, yo me dediqué a observar y a tomar notas de lo que veía a mi alrededor, así que ahí va una descripción del salón. A saber: el techo estaba atravesado por vigas de madera de las que pendían unos farolillos que favorecían con su luz tenue el ambiente familiar del momento; un gran espejo parecía querer presidir la reunión desde lo más alto de la pared frontal y reflejaba nuestras imágenes con poética exactitud. Allí arriba, embutidos dentro del marco del espejo, parecíamos el grabado de una última cena con exceso de comensales. Bajo el espejo, un aparador de grandes dimensiones con candelabros y porcelanas, exponía, como si de trofeos se tratase, unas grandes y ovaladas bandejas de plata, procedentes –según comentario de nuestro anfitrión– de la estación de Espeluy. Espeluy, ¿de qué me suena a mí ese nombre? Ah, sí, ya recuerdo, es un pueblo de 814 habitantes con una estación de tren propia de una capital de provincia. Jaén sin estación y Espeluy con esa estación. No creo que sea este el momento de acordarnos del ministro Prado y Palacio, ni de su amistad personal con Alfonso XIII, ni de su finca situada precisamente en... En fin. Platos de porcelana adornaban ambos lados del espejo y el aparador; y alrededor de todo el salón un buen número de cuadros de motivos campestres nos recordaban el lugar en que nos hallábamos. También había jarrones y algún que otro tapiz, pero lo que más me llamaba la atención eran los animales disecados y especialmente un águila real de grandes dimensiones que apuntaba con su pico hacia la mesa, amenazando con comerse a Miguel Calvo Morillo, quien permanecía ajeno a lo que había a sus espaldas y concentrado más bien en degustar los sabrosos vinillos de Haloque y Trasaniego.

Así permanecí durante un buen rato, ensimismado en la contemplación del salón, cavilando, porque tengo una gran capacidad para aislarme de todo lo que me rodea, sobre todo cuando estoy en un lugar con muchas personas. El problema es cuando alguien se dirige a mí y yo como si nada, con mi cara de enortado y a lo mío, en mi mundo, intentando sacarle el jugo literario a las cosas que veo. Así estaba, alelado, cuando una mano se posó en mi hombro. Eh, dónde, cuándo, susurré yo –para mis adentros, menos mal–. Cuando volví a la vida comprobé que era Pedro Casañas el que llamaba mi atención, quería simplemente preguntarme que cómo iba la cosa. Yo le contesté que muy bien y le pregun-



té por Juan Eslava. Me dijo que había avisado de que quizá no podría venir porque estaba en la presentación de un libro o algo así, y que dada la hora que corría ya le parecía difícil que apareciera. Yo pensé que qué perra mi suerte –está visto que mi destino no quiere que yo sea un escritor de los de verdad, de los que publican en editoriales solventes y tienen un número de lectores considerable–, otra vez se me escapaba una buena oportunidad de ajenciarme un mecenas. Y es que en esto de la literatura siempre ha habido escritores que han ayudado a otros a romper la difícil barrera del anonimato, pienso en los autores del 27 con Miguel Hernández, en Henry Miller con Lawrence Durrell, en Pere Gimferrer con Antonio Muñoz Molina... Con este último precisamente, con la otra gran vaca sagrada de la narrativa giennense actual, también intenté una ligera aproximación (sobre todo a raíz de la publicación de mi libro *La voz narrativa de Antonio Muñoz Molina*), porque uno siempre está dispuesto a hacer el ridículo e ingenuamente lo intentas con lo más cercano, pero nasti de plasti, que si quieres arroz, Catalina. En fin.

Poco antes de las once de la noche nuestro capellán, Pepe Casañas, bendecía la mesa con su peculiar y entrañable tono de voz, pronunciando esas poéticas palabras que todos conocemos y que dan un religioso pistoletazo de salida para entrar de lleno en el meollo culinario.



INTERVENCIÓN DE VICENTE OYA DEDICADA
«AL VIENTO QUE VIENE DE JABALCUZ»

Apenas habíamos comenzado a degustar (palabra esta muy de moda hoy en día) cuando fue Vicente Oya quien tomó la palabra. Heredero de Almendros, de Cazabán, y de los mejores cronistas que ha tenido la ciudad de Jaén, Vicente nos leyó un texto que no podía ser de tema más jaenero:

Tú, oh viento de Jabalcuz, vienes sobre Jaén a ráfagas, a bocanadas, desde arriba. Tienen tus soplos para siempre. Brisa perfumada, en primavera, cuando la naturaleza descarga su explosión de vitalidades multiplicadas como en una resurrección vencedora de todas las muertes. Suave vientecillo en verano, sólo el suficiente, entre los calores atosigantes, para separar el grano de la paja, en la parva, con los sudores y los cantes de la era, cuando ya los campos han dado el ciento por uno. Fuerte en otoño y vendaval en el invierno. Jabalcuz insobornable, viento que viene de muy lejos para buscar otras lejanías.

Te veo, viento de Jabalcuz, bajo los densos y apretados nubarrones otoñales, besar con fuerza los árboles para sacudirlos y hacer que sus hojas caigan al suelo para arrastrarlas como mensajes sin texto, sin destino, sin vida.

Te oigo, viento huracanado de Jabalcuz, en los crudos días del invierno, zarandeando los árboles desnudos por cuyos interiores corre ya la savia nueva de una vida que se desliza al paso de nuestra alma.

Jaén te recibe, viento de Jabalcuz. Te agradece tus soplos vitales, porque, con ellos, la actividad con-



tinúa y se renueva la ilusión y la esperanza por y para el pan nuestro de cada día.

Tú eres, viento de Jabalcuz, la canción que canta Jaén. Gracias a tu presencia bienhechora, se alegran los gorriones en los árboles rurales y ciudadanos y se hace posible un grandioso concierto de melodías naturales con una música especial de divinas afinidades.

Por ti suena, en la intimidad silenciosa del patio de una vieja casa, por los barrios de la Magdalena, San Juan, La Merced, San Bartolomé, San Ildefonso, un chorro de agua, continuo el chorro; blanca, nítida, plateada, el agua, como una sonrisa de hermosas claridades.

Gracias a tí, viento de Jabalcuz, espiritual, se mueven las campanas catedralicias, las de los templos todos, los esquilones de los conventos, atizando el fuego de la Historia, removiendo el alma popular, que viene de siglos, o llenando los espacios de bronce con sellos de eternidades.



Y es que tú eres, de siempre y para siempre, ¡oh viento de Jabalcuz!, el alma de Jaén. Su vitalidad permanente. El encanto de su vida. Porque tú pasas y repasas las páginas de ese libro abierto que es la ciudad de Jaén. Nadie, como tú, admirable viento de Jabalcuz, ha penetrado tanto por los adentros del corazón de Jaén para conocer el sentir y los secretos de sus plazas y de sus calles y de sus gentes de todas las generaciones.

En duros tiempos de sequía, cuando parece que te falta el aliento, he visto a la ciudad de Jaén como dormida, profundamente sumida en un letargo, como el lagarto de la vieja Leyenda de la Malena, pero a la espera impaciente de esos días de lluvias espléndidas en que la urbe despierta como la dama del cuento cuando recibe el beso de su príncipe.

En los días de niebla, entre las confusiones y las esperanzas, entre las dudas y las claridades, entre los aires y las calmas, se descuelgan de Jabalcuz, fascinante Jabalcuz, blancas gasas que quieren ser como sedas grandiosas, perfectamente elaboradas por manos de eterno artesano, para envolver a la ciudad y a sus contornos. Es el sol, en los atardeceres, quien, antes de su ocaso, decide clavar sus rayos sobre las fachadas para descubrir, entre nieblas, el oro de las piedras catedralicias, la Catedral, en fin, cofre de arquitectura a lo divino, donde se guarda al Santo Rostro, la Cara dolorida y la fe de un pueblo.

Y cuando el sol redescubre la Catedral, tú viento de Jabalcuz, te conviertes en soplo de canciones jubilosas para arrancar del viejo y añoso árbol de la ciudad, como hojas secas y sin vida, como queriendo derribar y destruir enconos y discordias, sacudiendo continuamente nuestras miserias humanas.

Nunca, ¡Oh viento de Jabalcuz!, podrás llevarte las esencias más puras de nuestro Jaén. Porque son parte de tu esencia misma. Lo inundas todo con tu espíritu. Cuando, con fuerza, desplazas la niebla del Cerro de Santa Catalina, aparece limpia, clara, redentora, la Cruz que desde allí, desde todo lo alto, bendice continuamente a la Ciudad. Y la niebla se bate en retirada y se hace como incienso que se remansa por las calles antes de subir a los cielos.

Quisiera, viento de Jabalcuz, que, en tus acosos a la ciudad, dejes en pie las virtudes que atesora Jaén. Y que te lleves, muy lejos de estos lares, tan castigados, el secular conformismo, el espíritu aldeano, el localismo trasnochado, todo eso que pone costra endurecida al progreso. Arranca de cuajo toda polémica partidista, insulsa, estéril, inútil, que eterniza los problemas de Jaén y despeja de una vez, y para siempre, las exclusivas que se aplican algunos insensatos cuando se convierten en salvadores de esta tierra nuestra. Haz, viento de Jabalcuz, que la ciudad sea, verdaderamente, con aire universal, la voz del pueblo, que es la voz de Dios, como decían los antiguos.

Tú eres, viento de Jabalcuz, todo un larguísimo, interminable, inacabable, poema, con millones de versos, que cada día se escribe en la ciudad en busca de eternidades. Ese viento que sopla y que forja la Historia. Que destapa la envoltura de la niebla, que cubre la Catedral, para que un pueblo, en su dolor, muestre, con el Rostro santo, la faz dolorida de todas las generaciones. Ese pueblo que da la cara en sus muertes y en sus resurrecciones; lo mismo en sus frustraciones que en sus victorias.

La excelente prosa poética de nuestro buen amigo Vicente, quien siempre colabora con la generosidad de sus palabras, fue un buen co-

mienzo de las intervenciones literarias de la noche. Para todos los que somos de Jaén el cerro de Jabalcuz –aunque no sea un volcán– siempre ha supuesto en nuestras vidas un lugar de una magia especial, magia recogida a la perfección en el texto que acabábamos de escuchar con placer.



DE CÓMO LUIS CORONAS DIO SOLUCIÓN A SU «REGOMELLO»

El siguiente en intervenir fue Luis Coronas con un trabajo confeccionado, según él mismo explicó, como reparación por no haberle dedicado unas palabras de homenaje a Pedro Casañas el año anterior.

Con un año de retraso. A mi amigo Pedro Casañas

Hace un año contraje una deuda contigo. Te prometí saldarla a un año vista. Y así es. Y para ello se me ocurre escribir unas líneas que te dedico de verdadero corazón.

Hace años, muchos, con exactitud ocurrió en noviembre de 1591 y marzo de 1592, estuvo en Jaén Miguel de Cervantes para cumplir una comisión que no era otra que comprar trigo para la Armada Real. Cervantes recorría nuestras calles, visitó el Ayuntamiento en donde se encontró con la oposición de los caballeros veinticuatro respecto de esa saca de trigo y estuvo en la escribanía de Pedro Núñez de Ayala.



He pensado muchas veces por qué el autor del Quijote fue a esta escribanía y no a otra de las que funcionaban en Jaén en aquellos años. Yo sospecho que llamándose Pedro Núñez y además escribano tenía casi todas las papeletas para ser descendiente de judíos; tal vez fuera descendiente de Pedro Núñez de Soria, destacado judeoconverso de comienzos del siglo XVI. El que ejerciera el oficio de escribano no era óbice, pese a las disposiciones en contrario para que actuara como tal. Fijémonos en otros escribanos del mismo tiempo que por los mismos años actuaban en Jaén, Gonzalo de Herrera, claro

descendiente de judíos y procesado por la Inquisición ya no por descender de judíos sino por pretender cambiar su genealogía para evitar la mancha que le producían sus ascendientes judíos. No aventuro ni mucho menos que Cervantes descendiera de judíos como están empeñados los investigadores israelíes de nuestros días en buscar resquicios para apuntarse ese éxito que no les llega.



Posiblemente esa sería la escribanía más cercana de su posada, o alguien se la recomendaría, pero en ella Cervantes que era un fino observador de la vida encontraría bellas estampas de la vida en aquel variopinto mundo de trajinantes para llevar a las páginas de sus obras.

La escribanía de Núñez Ayala empezó a funcionar en 3 de abril de 1582; era una de las que más clientela tenía; a juzgar por los voluminosos protocolos; los clientes era mercaderes, trajinantes y sobre todo muchos ropavejeros, tanto que se le podía considerar el escribano de los ropavejeros, muchos de estos serían por su oficio descendientes de judíos; también tratantes en telas, sedas, en esclavos.

Hasta ahora casi todo lo que te expongo, amigo Pedro, ya estaba publicado, la primicia que te ofrezco es ésta: Por febrero de 1606 murió Pedro Núñez y en 26 de abril de ese año la viuda doña María de Ayala arrendó a Juan de Medina, mercader de seda, en la colación de San Lorenzo, lo que había sido la escribanía de su marido. El documento en el Archivo Histórico Provincial en legajo nº 871, folios 193 v-194 r dice que la viuda arrienda por 13 ducados al año pagados por tercios «una sala y un escritorio que el dicho Pedro Núñez trataba; que la sala es la que está en el portal de la casa en que recibe la susodicha y el escritorio el que está en el comedor del patio de la dicha casa con el poço y serbiçio de toda la demás casa en la que la susodicha bibe».

No estoy seguro pero creo haber leído en algún documento que esta escribanía estaba en la calle Maestra alta. En este documento no se dice. Te ofrezco una brevísima descripción de las habitaciones que pisó el inmortal escritor a su paso por Jaén con la seguridad de que esta noticia que te doy es hasta ahora inédita.



Interesante, sin duda, la aportación histórica del profesor Coronas, siempre en la brecha del estudio y la investigación. Espero que cuando vea la luz esta crónica ya haya sido publicado el libro-homenaje que, con toda justicia, ha coordinado la Universidad de Jaén con motivo de su reciente jubilación, y en el que han participado numerosos autores.



LA «PRESENCIA» DE JUAN ESLAVA

Puesto que definitivamente no estaba ni iba a estar Juan Eslava, me puse a hablar con su sombra, que esa seguro que sí andaba por allí. Le dije, con valentía –es fácil dirigirse a los fantasmas–, que vaya tela con el poco caso que me ha hecho hasta ahora. Pero que conste que yo todo esto lo entiendo, porque a mí –en pequeño y salvando las distancias– me ocurre algo parecido con algún que otro escritor de Jaén que –hay de todo en esta vida– va detrás de mí en el exiguo escalafón de nuestras letras provinciales, y pretende que yo le eche una mano, pobrecito. Pero, en fin, con la cosa de que esto es una confraternidad yo había pensado que la amistad y relación con un escritor del renombre, la fama, el reconocimiento, el talante y la gracia de Juan Eslava podría servirme de pequeño espaldarazo en mi casi nonata carrera literaria. Y claro, en las otras ocasiones en que he tenido la oportunidad de acercarme a él lo hice de refilón, y esta vez que lo tenía al alcance de mi mano, justo a mi derecha, a mi vera, y podía darle la paliza a gusto con aquello de enchúfame, tengo talento, no me saben reconocer, sólo quiero que me lean, y simplezas semejantes, pues resulta que va el tío y no aparece. Mala suerte.



Menos mal que, más a la derecha, a continuación de esa silla aparentemente vacía, esa silla que sólo contenía una vaga sombra incapaz de apoyar siquiera levemente una frustrada carrera artística, estaba Juan Cuevas, con quien podía charlar de vez en cuando sobre la situación actual de los libros en Jaén y el talante de nuestra eximia concejala de cultura. A mi izquierda seguía teniendo a Manolo López Pérez, que seguía charlando por otros derroteros. Precisamente a él le tocó la siguiente intervención, y yo me dije ¡hombre, esta vez me voy a enterar de lo que hable!



LO QUE DIJO MANUEL LÓPEZ PÉREZ SOBRE LOS ZUMELES

Eran las doce y veinte cuando un nuevo toque de campanilla nos pedía atención. Para entonces ya nos habíamos tomado el caldo de puchero con avío y la menestra de verduras rehogada con jamón. Estábamos con la cazuela de merluza guarnecida, la cual, por cierto, estaba bastante buena. Yo, que no soy comilón por naturaleza y no suelo tocar el bollo de pan, hasta mojé.

Esto fue lo que dijo mi adlátere izquierdo:



Cuando el amigo Pedro Casañas, sacando a relucir su autoridad de Prioste me conminaba a que interviniera en la Cena, sin excusas que justificasen mi escaqueamiento de algún que otro año, me puso en un grave aprieto. A estas alturas de la personal biografía, la vida y los compromisos lo traen a uno de acá para allá y apenas si es posible afañar retales de tiempo para cumplir con estas gratas obligaciones. Pero como quien manda, manda, voy a tratar de acatar lo mandado de la mejor forma que pueda y sepa. Y puesto que estamos en un lugar esencial del campo jaenés, este año nos vamos a poner sentimentales y les voy a hablar de algo tan liviano como

bello: de los Zumeles, esos mogotes inseparables de la estampa deliciosa y cordial de un Jaén que el progreso inevitable del tiempo va diluyendo en lejanos y aterciopelados recuerdos.

Son los Zumeles un conglomerado de cerretes extendidos al S.E. de la ciudad, dominando la margen izquierda del Río Jaén y las barrancadas del arroyo del Río Cuchillo. No sobrepasan la cota de los 600-650 m. de altitud y sin embargo siempre los tenemos onnipresentes cuando contemplamos las lejanías desde nuestros más prodigiosos miradores: la rotonda y terraza de Capuchinos, en la Alameda; la serenidad renacentista de la loggia catedralicia, o el sinuoso camino del Puente de Jontoya.

El amigo Rafael Ortega Sagrista, con el que tantas cenas compartimos, hizo de ellos una exacta descripción en aquellas libretillas que pergeñaban los veranos en la paz envidiable de su Casería de San Rafael:

...Unidos al perfil montañoso que en gran parte rodea la ciudad de Jaén –escribía y formando parte del paisaje que le sirve de fondo, los Zumeles enfilan hacia el sureste y separan con sus pintorescas cotas las huertas de Valparaíso de los ricos olivares del Llano.

Por una corruptela carente de antigüedad, se habla del Zumbel Alto y del Zumbel Bajo, para designar a estos cerros. Sin embargo su nombre es Zumel, sin b, como le llamaron siempre, quizá desde la dominación musulmana y como lo hallamos escrito en todos los documentos y obras de siglos pasados que les aluden.

Forman los Zumeles seis cerretes o prominencias encadenadas y es la última, la de más elevación, conocida por Zumel Alto, aunque antiguamente se la llamó Zumel Redondo por su forma cónica y escarpada de circular contorno. Chumberas, hinojos y cornicabras prestan a los Zumeles un cariz salvaje, zahareño, acrecentado por umbrosas grietas y hendiduras que le surcan de parte a parte y donde tienen su guarida astutas zorras que merodean los corrales en perpetua alarma de las vecinas caserías.

Ahora, en estos días grises de otoño, cuando el sol deja de ser suplicio para convertirse en caricia, o cuando la llovizna pulimenta mansamente las piedras, contemplar el Zumel Bajo es un auténtico sedante para el espíritu. Los tonos azulados de su pescañal se contraponen delicadamente con las tierras morenas que poco a poco van degradándose hasta el árido blanquizar de la pendiente bien cubierta de una exuberante vegetación tan estéril como bella: hirientes zarzamoras; puntiagudos alcauciles silvestres; árnica pelusona; borrajas; cardos erizados de púas doradas; majoletos... Y aquí y allá, moteando esta adusta flora, el auténtico lujo vegetal de los Zumeles; los zumaques, que en un Otoño que camina decididamente hacia el invierno, quieren ser –así lo entendía Ortega

Sagrasta- «...el último grito de color, el postrer destello carmesí de un campo que declina hacia su larga invernada...».

Al otro extremo, presumiendo de esbeltez ante los disciplinados olivares, se alza el Zumel Redondo, vigía perenne de la otrora ubérrima huerta acotada en pagos con nombres de históricas sonoridades: Valdecañas, los Morales, Vega del Infante, Lope Pérez, los Tejares...

Los medievalistas han fijado reiteradamente su atención en este enclave que algunos identifican con al-Sumayl, un tópico reiterado en las crónicas arábigas. De ello da fe nuestro compañero Juan Eslava, que aparte de haberlo estudiado como lugar de interés arqueológico lo ha llevado a las páginas de algunas de sus obras literarias. En la cima del cerro, al que se accede por un camino de origen medieval, quedan las ruinas de un castillejo de calicanto, dotado de su correspondiente algibe cuadrangular cubierto por bóveda de medio cañón. Este habitáculo sirvió de cobijo en los años postreros del siglo XVI a un sufrido eremita llamado Juan de Toledo. Y como el espacio tenía su atractivo para quienes entonces debatían sus querencias entre la mística y la ascética, a él fue a parar un espiritualizado cordonero que se autobautizó como Lázaro de San Juan, hombre sufrido y penitente que prefirió cambiar –sobre gustos no hay nada escrito– el trajín del taller artesano por la mortificación del solitario eremita.

El algibe reconvertido en cenobio, el hermano Lázaro de San Juan montó su particular chavolo con un ajuar más propio de los ariscos espartanos que de los cristianos viejos: una estera sobrepuesta a un pellejuelo, con un cumplido pedrusco como cabezal, servíale de lecho; una frezada o manta peluda, le amparaba de nocturnas tiritonas. Una cruz de palo, una Virgencica pintada y una pililla de agua bendita, eran sobria decoración de las desnudas paredes terrizas manchadas de almagra. Un surtido de cilicios y una corona tejida con zarzas era su atuendo de fin de semana. Su vida cotidiana no ofrecía sobresaltos. Se levantaba de buena mañana para hacer sus devociones. Luego, para que el día no se le hiciera largo y las manos no se le entumecieran, gastaba las horas labrando espartos, de los que se proveía por aquellos andurriales. A la noche, con unos cordelillos muy a propósito, se daba una recia tunda o disciplina de sangre, que le servía de introito para otro ratico de rezos. Cuando iba de allá para acá por la ladera del cerro, solía colgarse del cuello una piedra «...para que el jumentillo del cuerpo no se fuese holgando sin fatiga alguna...».

Tan arreglada vida la acompañaba de un moderado ejercicio y una saludable dieta. Los sábados bajaba a Jaén a pedir pan de limosna. Y en reuniendo lo preciso, a razón de un cacho por día de la semana, se volvía a su cubil aprovechando para llenar al paso una cántara de agua. Así, a pan



y agua, fortalecía las fibras del estómago y prevenía las úlceras. Y si algún día la debilidad le tentaba, majaba un ajo y echándolo en agua caliente con algún mendrugo de pan, enjaretaba una succulenta sopa, que no dicen las crónicas si le sabía a Gloria o le producía escrúpulo de conciencia.

Los domingos volvía a bajar a Jaén para asistir a la Santa Misa y tratar de negocios espirituales con un docto fraile del Convento de la Trinidad. Era la ocasión en que muchos le salían al paso para rogarle una bendición o que les impusiera las manos. Eficaz farmacopea que según opinión común en el pueblo, era una auténtica «mano de santo» pues curaba toda suerte de achaques y dolamas.

Aunque no muy amigo de perder el tiempo en trivial conversación, a veces se arrimaba a quienes por allí brujuleaban en busca de caza, de alcaparrones o de espárragos silvestres. Y no dejaba ocasión de excitarles a ir en derecha por el buen camino. En estos encuentros esporádicos solía obrar peregrinos milagros. Famoso fue el que hizo una ocasión en que hasta el Zumel llegaron unos individuos a pasar el día en honesta holganza y cuchipanda. A la hora del yantar, el rancharo, que debía ser un manazas, quebró la olla, con lo que se frustó el guiso. Entonces, el Hermano Lázaro, viéndoles afligidos, recompuso los cascotes y los aseguró con una tomicilla de las que él hacía. Echole la bencición a la olla, el agua y lo que se había de cocer en ella y poniéndola al fuego empezó a borbotear el condumio sin derramarse gota alguna. Por lo que tal olla se tuvo en adelante como testimonio de excelso milagro y la fama del ermitaño creció más de lo que estaba.

Allí en el Zumel Redondo, ni envidioso ni envidiado, vivió en paz con Dios y con los hombres el Hermano Lázaro de San Juan. Hasta que un

día, extrañados de no verle, alguno de sus devotos subió a la cueva y hallole a pique de dar las boqueadas. Trajéronle con prisa a casa de su hermana, que vivía en el arrabal de Santa Ana y llamaron al Licenciado Luis de la Bella para que le administrase los Sacramentos. Pero como su fama de santo se había desbordado, el obispo D. Sancho Dávila en persona se encargó de ello, con mucha edificación de grandes y chicos.

Hasta ocho días estuvo en las últimas el Hermano Lázaro y durante ellos la casa fue un jubileo entreverado de milagros. Fue su tránsito el 1º de mayo de 1615. Su entierro, que se hizo en el Convento de los Descalzos, fue memorable. Las calles se colgaron de colchas y tafetanes, cual si fuera el día del Corpus. Al cadáver hubo que ponerle guardas, pues la multitud porfiaba en tocar su cuerpo rosarios, medallas y otras menudencias. Y aún algunos exaltados quisieron arrancarle el tosco sayal para trocearlo en reliquias. Hasta hubo necesidad de asomarlo al zaguán del convento de Santa Ana, para que las monjas satisficieran a un tiempo curiosidad y devoción. El cronista, muy reverendo Padre Fr. Benito de Alba, de la Orden del Seráfico San Francisco de Asís, no pudo sustraerse a la emoción y dejó bien claro que en tan sonado entierro, «...iba el cuerpo adornado con flores, llevaba palma de virgen y el aspecto no de cadáver frío, sino muy hermoso y con señales de hombre vivo, pues estuvo tratable hasta que lo enterraron...».

Ciertamente, yo me malicio que con vida tan arreglada y la sana dieta del pan y agua, pese al suplemento de la sopa de ajo, el pobre ermitaño ya debía de estar cuasi momificado en su estadio ante-mortem.

Y añade el cronista franciscano otra apostilla muy significativa como colofón a la crónica mundana del entierro: «...Para poderse valer en la iglesia –dice– echáronle la tapa al ataúd y visto por los fieles que no había otro remedio, embistieron con ella, la hicieron pedazos y se llevaron parte de las tablas como reliquia...». Está visto que siempre hubo botarates. Que algunos no respetan ni a los difuntos.

Muerto el Hermano Lázaro, nadie más quiso habitar aquella adusta ermita. El Zumel Redondo era mucho Zumel y más valía no meterse en aventuras de santidad.

Desde entonces aquel famoso algibe pasó a ser cobijo ocasional de cabras y pastores. Pero debía estar gafado para in aeternis, porque andando el tiempo allí se dieron dos gañanes ruidosos navajazos, a su vera un jornalero, que debía tener lírica la demencia, se ahorcó de un almendro florecido. Y por último, en la tarde del 22 de mayo de 1952, durante una ruidosa tormenta, un rayo tuvo la endiablada puntería de colarse por el butrón de la bóveda calcinando al pastor, Miguel Martínez Arias y a una

veintena de cabras, que se habían metido allí para guarecerse del aguacero.

Durante muchos años todos los contornos de los Zumeles fueron tierra de viñedo, pues al decir del Deán Martínez de Mazas, que algo entendía de campo, era mayoritariamente «...terreno seco, pedregoso, mezclado de tierra encarnada y aunque de poco suelo, bastante solano y ventilado...». O sea, malo para olivos, pero inmejorable para el viñedo. De ahí que durante buena parte del XIX en las caserías del contorno elaboraran ricos caldos, algunos de los cuales alcanzaron justos galardones en la Exposición Provincial de 1878 e incluso en la Exposición Nacional Vinícola. Hasta que vino la filoxera y fue preciso cambiar la viña por olivar.

Pero el cambio no afectó al renombre de sus caserías. Porque las caserías del Zumel –la de Rincón, la de Callejón, la de Palomo, la de Torres, la de Segovia, la de Balguerías, la de Navarrete, la de Espejo, la de la Mariblanca, la de Pilatos...– son caserías bien cercadas por la historia y por el duende especial que suele envolver a este tipo de vivienda rural tan propio de Jaén. Pintadas por Antonio Latorre y por Manuel Mosquera; dibujadas por Luis Berges y glosadas por Cruz Rueda o Rafael Ortega, en todas podemos advertir la belleza impalpable que ya cautivó al poeta Almendros Aguilar cuando escribía aquellos versillos que comenzaban,

...Tú, Mosquera, don Manuel,
gran artista del Zumel,
yo, bardo de Jabalcuz,
ambos buscamos la luz
con la pluma o el pincel...

Y es que en los Zumeles siempre se ha buscado algo. Por buscar hasta se buscó una y otra vez un fabuloso tesoro, que según fuentes muy autorizadas habían dejado los moros enterrados por andurriales. Como durante la Guerra de la Independencia el plan de fortificación de Jaén preveía instalar en el Zumel Bajo un emplazamiento artillero, la idas y venidas de los ingenieros militares por aquellos parajes desataron la imaginación de las gentes, que empezaron a fabular sobre el inmenso Tesoro del Zumel. Y crédulos hubo que gastaron sus ahorros en buscarlo. Hasta hubo en 1919 un don Leandro Aguilar que, al socaire de realizar excavaciones arqueológicas, solicitó el correspondiente permiso de la Comisión Provincial de Monumentos, que por cierto se le concedió. Y como Cazabán era un guasón, la reiterada búsqueda del Tesoro del Zumel le sugirió esta socarrona evocación:

...Si desde el camino de la Glorieta de la Fuente de la Peña –deciamiramos el picacho rocoso del Cerro del Zumel Bajo que se levanta enfrente, veremos una larga reguera que baja casi desde la cumbre a la

primera tierra labrada. Aquella excavación muy costosa, se hizo ya hace muchos años en busca de un famoso tesoro que no fue hallado. La codicia gastó no pocos esfuerzos en explorar cierto sitio donde los moros dejaron mucho oro escondido...

Y el buenazo de Cazabán, que debía estar hasta el gorro de los frescos que no le abonaban la suscripción a su revista Don Lope de Sosa, añadía:

...Pues no menos larga y honda que aquella reguera del Zumel es la que van abriendo en el bolsillo de *Don Lope de Sosa* los glaciales varones que gustan tener revistas para sus bibliotecas, con el propósito de pagarlas cuando les acaezca la oportunidad de hallar algunas vasijas llenas de monedas, de las que los moros dejaron escondidas....

Lo cierto es que la búsqueda del Tesoro del Zumel ha llegado hasta tiempos próximos. Ortega Sagrista me contaba –y se basaba en el testimonio directo de una protagonista– que a un labrador llamado Rafael Jiménez le pagaron la cosecha de sus fincas de Pedro Codes y el Zumel, bien avanzado el año 1936 y que el cobro lo hizo en metálico, en duros de plata. Al iniciarse la guerra, temeroso de que los milicianos le arrebataran tan cuantiosa suma en un registro, lo reunió todo en un carretón de cuero que asecuró con unos cinturones. Y un atardecer lo ocultó entre los intrincados pedruscos del Zumel. Al regresar, como llevaba las manos repletas de arañazos, se lo confesó a su mujer e hijos, pero sin entrar en detalles. A poco cayó enfermo, pero por respeto, nadie se atrevió a preguntarle, ni él, confiado en su curación, soltó prenda del secreto. Y con él falleció. Su hijo Rafael escudriñó por todos los recovecos del cerro. Pero nada encontró.

Terminada la guerra, tres sujetos que debían haber oído tan peregrina historia, Blas Martínez Colmenero, Ricardo Palma Llanes y Cristóbal Cantos Téllez, crearon una sociedad para dar con el tesoro. Se solicitaron los correspondientes permisos del Comisario Provincial de Excavaciones Arqueológicas don Cecilio Barberán... Dirigieron incluso un pintoresco escrito al General Franco exponiendo el estado de la cuestión, escrito que al decir de los citados individuos el Generalísimo atendió solícito ordenando a la Comisaría de Policía la instrucción de un expediente informativo... Según ellos, hacia 1900 vino a Jaén un francés acompañado de su hijo, que gastaron mucho dinero excavando en el Zumel. Cuando estaban a punto de localizar el tesoro, el francés enfermó y murió en el Hospital. El hijo entonces regresó a Francia, pero hizo partícipe del secreto del tesoro a un reducido grupo de giennenses con intereses por aquel paraje, entre ellos al Dr. Ricardo Ortega Nieto...

Intensificose pues la búsqueda del tesoro en julio de 1940, pero la indiscreción de un periodista del diario Patria, de Granada, dio al traste con tan halagüeños propósitos.

Quizás lo del Tesoro del Zumel no pase a ser una imagen simbólica y figurativa. Porque el auténtico tesoro del Zumel está en su belleza natural, en las pinceladas de historia menuda –microhistoria, que dicen ahora– que motean sus laderas, en las sucesivas evocaciones que despiertan sus inconfundibles siluetas. Por eso no está de más que en esta noche y aprovechando que estamos a cuatro pasos de ellos, hagamos este elogio de los Zumeles.

Por eso no está demás, que cualquier día de estos, perdamos un ratito contemplándolos. Advirtiéndolos como las luces del otoño jaenés saben sacarles todas sus posibilidades cromáticas. Imaginándolos como unos pétreos y fantasmales navíos anclados en un mar de olivos plateados.

Quizás entonces podamos entender porque un día, ya lejano, el poeta Rafael Dullos suspiraba cuando decía:

...El mar de peces tan lejos,
y el mar de olivos de Dios
por todo Jaén naciendo...

Extenso y sabroso el relato que acabábamos de escuchar, con ese estilo peculiar de su autor, que sabe mezclar con habilidad los datos históricos y geográficos con una narratividad que resulta muy amena. No descubro nada nuevo si digo que el texto nace de una de las mejores plumas costumbristas que ha dado nuestra provincia. De todos los trabajos de Manolo tengo que reconocer que el que más me interesa es el que recogió bajo el título genérico de *Cartas a don Rafael*, obra que quiero mencionar aquí por dos motivos. En primer lugar por la cantidad de interesantes datos que aporta referidos a las más hondas esencias de Jaén; y en segundo lugar porque eran epístolas no sólo dirigidas a Rafael Ortega Sagrista, sino claramente auspiciadas por él. Recuerdo cuando hace años, al empezar a dedicarme a la investigación, le pedí a mi padre que me presentara a Rafael, de quien era pariente en segundo grado y buen amigo. Fuimos a visitarlo a su despacho de la Delegación de Hacienda y allí estuvimos charlando largo y tendido. Recuerdo su cordialidad y su disposición para ayudarme en aquello que me hiciera falta, pero desgraciadamente murió poco tiempo después y no tuve la oportunidad de profundizar en su amistad y en su magisterio. Pero el nombre de Rafael Ortega Sagrista, tan presente en esta asociación, en la revista «Senda de los huertos» y en todo aquello que suene a cultura jaenera, no podía faltar en esta crónica de este año tan significativo, especial y sonoro.

Tras la intervención de Manolo López Pérez, como es habitual tras cada lectura, los comensales comentábamos unos con otros –yo, con la sombra de Juan Eslava– nuestras impresiones y pareceres. Especial-

mente reseñable me pareció la opinión de nuestro anfitrión, don Joaquín Ramírez, quien como buen conocedor del tema y de la zona, comentó el destrozo a que se han visto sometidos los Zumeles sin que la Diputación ni el Ayuntamiento hayan tenido la suficiente sensibilidad para protegerlos de la especulación y la barbarie. Como mi opinión sobre los políticos y sus actuaciones en beneficio de los sufridos ciudadanos de Jaén creo que ya quedó un poco clara, más vale que me abstenga de echar más leña al fuego. En fin.



UN POEMA DE MIGUEL CALVO MORILLO

Un buen lapsus de tiempo pasó hasta la última intervención literaria de la noche, la cual corrió a cargo de otro habitual interventor (valga el feo y burocrático término). Me refiero al poeta Miguel Calvo Morillo, que sobrevivía aún al inmisericorde ataque del águila real. Qué buen poeta es, y cómo vive eso de ser poeta. A Miguel hay que escucharlo recitar, y hay que observarlo mientras declama, porque no es sólo su voz, sino sus gestos, sus miradas, sus carrillos inflados, sus labios carnosos y encarnados, y su irónica sonrisa. Miguel, para nuestro deleite, nos leyó un poema escrito nada menos que en 1955, y publicado en el diario JAÉN (con acento, señor Espejo) en 1957:



LAS VIEJAS DE MI PUEBLO

A todos los que con el sudor de su frente
colmaron la tierra de la belleza

*Las viejas de mi pueblo, ¡Señor!
caminan silenciosas como si fueran nubes,
y es que las viejas
van mirando hacia el cielo
como buscando el lugar que ya le corresponde.*

*Las viejas de mi pueblo, con el pañuelo negro,
que cubre sus cabezas,
y el chal sobre los hombros*

con el reloj del gallo se van a la parroquia.
Todo es tan humano
que a fuerza de serlo parece ya divino:
el rosario que guarda la añosa faltriquera,
atado con alambre;
la medalla que cuelga de su encorvado cuello;
la carta y el retrato del que murió en el frente;
la estampa milagrosa;
y un liotillo de íntimos
secretos emotivos,
que guarda entre sus senos
como puente trazado entre la vida y la muerte.

Las viejas de mi pueblo,
novenas y quinaros,
trisagios en las tormentas,
y en las noches del mes de los difuntos,
mariposas en aceite que lucen por las almas
de los que nos dejaron.

Las viejas de mi pueblo, las cosas de mi pueblo,
campesino, tan hondo,
que hasta los hombres parecen ya de tierra
y el sol los va labrando
y cubriendo de surcos.
Las manos insensibles
son cortezas de árbol,
y al hablar el olivo florece milagroso
mezclado en sus palabras.
Caminan encorvados, con lentitud, con calma,
como si fueran buscando
el lugar más propicio para dejar su existencia.
Y temen a la justicia
cual si fuera un fantasma
que bebiera sudores,
estatua sin venda,
sin balanza, sin fiel y sin espada.

Las cosas de mi pueblo...
una guitarra
que mide sentimientos
proyectando la íntimo, como la yema y el alba:
la yema hacia la flor; y el alba
hacia la luz creadora de los días
donde se amasa la esperanza.

Los hombres de mi pueblo, ¡Señor!
las cosas de mi pueblo.
Tú dijiste, Señor:
«los pobres de espíritu poseeran la tierra»
pero no la tierra, Señor, poseída por los ricos.
Bienaventurados los hombres campesinos de mi pueblo,
porque ven a Dios más cerca que nosotros
en el fruto del árbol,
en las aves del cielo,
en las aguas del río,
en la mosca, en el perro,
en la araña...
y en el hijo
que come pan y aceite sentado en una piedra
absorto en las hormigas, absorto en el gusano,
o en una lagartija que da miedo
y espanta.

Yo canto a los hombres
que despiertan el alba
y sus ojos se llenan de pájaros y flores.
Al que deja en su almohada
un ansia de proyectos
cual infinitas mariposas degolladas.

Las cosas de mi pueblo, ¡Señor!
Y es que los pueblos
se calan tan hondos en el alma
que, a veces, constituyen
algo de nuestras vidas
y es difícil olvidarlos.
Es difícil decir: yo no he nacido en esta tierra,
cuando la tierra
es una ubre infinita que no se cansa
de darnos su belleza
de darnos sus estatuas.

La tierra ¡Señor!
Tercera esencia de Dios cuando trabaja,
que precede al sol y a las estrellas
y es más vieja que el hombre.
La tierra, ¿Señor!
¡Alfarero Divino! ¡También a Tí!
te sirvió esta tierra

*para hacer estos mundos
que nos llamamos hombres*

*¡Señor! ¡Señor! ¡Señor!
Sembraste tu semilla
en esta tierra, en estos mundos;
pero esta tierra, ¡Señor!
no es tan generosa.
Esta tierra tiene topos de pecado,
y hormigas de envidia
que roen las raíces
y las simientes comen;
porque esta tierra,
tiene pedregales
y tiene infinitas almohadas
donde tenemos que ir a reclinar la cabeza
cuando se vaya haciendo tierra
lo que llamamos cuerpo.*

*Por eso, ¡Señor!
Las viejas de mi pueblo caminan silenciosas
como si fueran nubes
y es que tienen miedo
a fundirse de pronto con la tierra.*

LAUS DEO

Hasta colofón le pone Miguel a sus poemas, para que no falte de nada. Contrariamente a sus últimas intervenciones, puntualmente registradas en las anteriores crónicas, esta vez no recurrió al ingenio y a la gracia sino a sus raíces y a su sabia intuición popular. Preciosos versos de agrídulce regusto bañados en la más cordial cotidianidad.



LOS COLETAZOS

Pero la cosa no cesó aquí. Aún quedaban restos de hojaldrinas, yemas de Las Descalzas, sultanas de coco y rosquillos de almendra, el excelente postre preparado por Esperanza Casañas, para que no se diga que no hay presencia de Casañas en este asunto de la cena jocosa. Tampoco estaban vacías las botellas de anís y crema de café. La cena daba sus últimos coletazos. Antonio Martínez Lombardo aprovechaba

ausencias temporales para ocupar alguna silla que no era la suya y susurrarnos sus famosos rípios a diestro y siniestro y de oreja en oreja; Julio Puga no dejaba de bromear en ningún momento con su fino estilo; León Herrera y José María Pardo dialogaban sobre la calidad de vida actual en detrimento de muchas viejas y sanas costumbres. Este último se quejaba amargamente de que los jóvenes actuales no conocen el placer de la naturaleza, de los amaneceres, de las sensaciones que él vivió en su propia juventud, y todo a cambio, entre otras cosas, de vivir de noche y de pasar largas horas frente a la pantalla de un ordenador. De estas cavilaciones lo sacó Fernando Lorite, con quien mantuvo una «encendida» polémica sobre el enjundioso tema de si llevaba o no llevaba marco el mosaico que se regaló en la primera cena jocosa. Pero eso no fue nada para la que se lió acerca de un gol que el Real Jaén marcó en los lejanos y legendarios tiempos en que militaba en primera división. Que si fue menganito, que si fue fulanito, que si fue en Jaén o fue en campo contrario. Ahí participaron más polemistas, y por el tono de la conversación y los datos que yo mismo tenía procedentes de mi señor padre –buen aficionado y mejor futbolista, «Montero» era su nombre de batalla– el que menos razón tenía era Fernando Lorite, y el que más, Ángel Viedma, quien no titubeó en ningún momento y se veía a la legua que lo tenía más claro que nadie.



Pedro Casañas repartía las tradicionales papeletas de Navidad entre los miembros de infantería. Como sabe que yo torpeo un poco en ese asunto, vendió allí mismo a nuestro anfitrión la mitad de mi taco lotero. Sí señor, eso es estar en todo.

Antonio Martos repartía crónicas de la cena del año anterior y apuntaba cuidadosamente los ejemplares que se le reclamaban, no sin llamar «acaparadores» a los que pedían muchos, y poniendo gesto de «poco es eso» a los que sólo pedían uno o dos. Yo miraba a Antonio Martos y apreciaba en él su mirada limpia de siempre y su cordial sentido del humor, pero notaba que le faltaba algo. Enseguida me di cuenta de que no era algo, sino alguien; le faltaba Luis Armenteros, con quien suele hacer «pareja» cual si de guardias civiles se tratase. A Luis Armenteros le han impedido asistir sus achaques, como a Juan Castellano. A ambos les deseamos una pronta recuperación. También echamos de menos al ya mencionado Rufino Almansa, así como a Francisco Olivares, Ignacio Ahumada, Luis Berges y Alfonso Parras, quienes no asistieron por distintos motivos. Ah, se me olvidaba, Juan Eslava tampoco vino, o no del todo.

Ya se acercaban las dos de la madrugada cuando el himno a Jaén, cantado con ímpetu por algunos y en sordina por otros, ponía fin a una muy agradable cena, una de las más agradables de los últimos años, según la mayoría de los comentarios que se podían escuchar a la salida de la casería.



DESPEDIDAS Y REGRESO

La buena temperatura continuaba cuando ya en el patio interior o en los alrededores de la casería nos despedíamos afectuosamente los unos de los otros, y todos de nuestro anfitrión, a quien quedábamos más que agradecidos. Según lo previsto, como en las excursiones escolares, cada uno volvió con quien había venido, así que me marché acompañado de María José Sánchez, ya bautizada como miembro de la asociación; Manolo López Pérez; y Juan Cuevas, al volante. No sé qué habría bebido Juan ni cometí la impertinencia de preguntárselo, pero lo cierto es que, fiel a su sobriedad británica, no parecía nada preocupado por la Guardia Civil de Tráfico. Yo, que sabía que no tenía que conducir, contrariamente a mi costumbre cometí el error de «mezclar», o sea, de probarlo todo: la cerveza, los vinillos, el anisillo... en fin, y andaba un poco preocupado sobre cuál sería mi estado al día siguiente, más que nada porque seguiría celebrándose la festividad de Cristo Rey y mis hijas recibían sus correspondientes premios y regalos en una preciosa ceremonia que se organiza todos los años el domingo por la mañana en su colegio. Si estuve para asistir o no ya es algo que, obviamente, tan sólo me atañe a mí y a mi

sufrida prole femenina, y se sale a todas luces del propósito y los límites de la presente crónica, así que no lo cuento, ea. Como decía, mis tres compañeros de automóvil y yo regresábamos por las serpenteantes curvas de la carretera del Puente de la Sierra. Enseguida avistamos la Catedral, a cuya nueva iluminación los tres -mucho más entendidos que yo en la materia- pusieron pegas. De todas maneras, la vista resultaba impresionante, y la Catedral, contemplada desde el fondo de la oscura carretera, desde el sopor de la opípara cena y desde la magia de la madrugada, parecía un enorme coloso que se erguía desde los tejados de la ciudad para darnos la bienvenida.

Ahora, para terminar, quizá debería decir «en fin», como suele hacer mi admirado Juan José Millás, pero no. Voy a terminar como empecé, con un pequeño homenaje a Miguel de Cervantes, el mejor cronista que ha tenido jamás el alma española. Si los dos primeros octosílabos de la presente crónica intentaban sonar de manera parecida a aquello de «En un lugar de la Mancha...», ahora termino, desocupados lectores, como Cervantes el Quijote. Vale.



Addenda

a la Crónica de la Cena Jocosa del año 2000



De lo que por falta de tiempo no pudieron decir
dos Amigos de San Antón en el transcurso de esta Cena:
Juan Antonio López Cordero y Antonio Martos García

El «Último Hidalgo» baezano

JUAN ANTONIO LÓPEZ CORDERO

Como ciudad principal de frontera, fue Baeza tierra de hidalgos desde su conquista. Allí fueron a asentarse ilustres linajes, desde donde extendieron la reconquista hacia el Sur. En el Alcázar de Baeza figuraban los escudos y nombres de los trescientos hidalgos que por mandato del rey Fernando III fueron colocados en memoria de su contribución a la conquista de Baeza y la poblaron.



Eran aquellos hidalgos gentes guerreras, organizados en torno a cofradías, como la de los Doscientos Ballesteros del señor Santiago, famosa por sus proezas. Con el tiempo, terminaron las guerras de moros, los valores de la hidalguía declinaron, no así los intereses, privilegios y prestigio social que tal nobleza tenía. Pero los tiempos cambiaron, muchos hidalgos se empobrecieron, otros buscaron mejor fortuna en la explotación de la tierra, en la emigración a América, en el ingreso en órdenes religiosas, o en el servicio de las armas. Lentamente Baeza vino a menos, a la par que el reino de Jaén, pero el espíritu de hidalguía permaneció en la ciudad y era manifiesto en la vida cotidiana y en hechos ostentosos, como la creación de la Real Sociedad de Verdaderos Patricios de Baeza y Reino de Jaén 1774. Todavía, en el siglo XIX, nos encontramos a hidalgos de los de capa y espada forzando nuevas fronteras, patrióticos hasta la médula. Uno de ellos, quizás el último, fue Miguel Rodríguez (A.D.P.J. L. 2759/45), capitán de regimiento de dragones, retirado con el grado de teniente coronel y natural de Baeza.

Miguel Rodríguez se definía como hombre noble, que a lo largo de su vida había servido en el regimiento de Dragones de Villaviciosa, con el que se había batido en numerosísimos combates. Su vida militar fue realmente intensa. No se perdió ninguna de las guerras de la época. El inicio de su carrera militar se produce en un período reinado de Carlos III en el que se dedicaron grandes energías en rehacer el poder militar español. Aprovechando la Guerra de Independencia de los Estados Unidos de América y unidas por el pacto de familia, España y Francia acosaron a Inglaterra tanto en las colonias como en Europa. Los ingleses fueron

expulsados de Honduras y de la costa del Golfo de Méjico y se recuperó Menorca, mientras que Miguel Rodríguez era enviado a Gibraltar. Allí estuvo, en el sitio y bloqueo de esta plaza desde el tres de agosto de 1782 hasta que se hizo la paz el año siguiente, sin poder conquistarla.

Los años de paz no duraron mucho. Murió Carlos III y su hijo, Carlos IV ocupó el trono a finales de 1788. El pronto estallido de la revolución francesa en 1789 puso de nuevo al ejército en estado de alerta. La ejecución del rey francés, Luis XVI, fue detonante de la intervención de las potencias extranjeras en Francia, entre ellas España, ya regida por Godoy. Nuestro hidalgo, a las órdenes del general Ricardos, fue enrolado en el ejército del Rosellón, en el que permaneció desde 15 de mayo al 1 de octubre de 1793, período en que las tropas españolas alcanzaron algunas victorias. Pasó al ejército del Ampurdán en 1794 cuando la fuerte ofensiva republicana hizo retroceder a las tropas españolas. Los franceses penetraron en España y ocuparon diversas poblaciones entre ellas San Sebastián, Bilbao y Vitoria, mientras que el ejército del Ampurdán también terminó por retirarse y el 16 de mayo de 1795 Miguel Rodríguez dejó este destino; mientras tanto se firmaba la paz y se iniciaba un período de alianzas con Francia y enfrentamientos con Inglaterra.

Por esta época, Miguel Rodríguez servía de sargento de Granaderos y, en 1801, ya se encontraba de nuevo embarcado en otra guerra, la de las Naranjas, esta vez contra Portugal por haberse negado a cerrar sus puertos a los barcos ingleses. Fue una guerra breve, Miguel Rodríguez participó en la toma de Olivencia y sitio de Campo-mayor. Portugal se avino a cerrar sus puertos a los ingleses y pidió la paz.

También participó Miguel en otro tipo de campañas, que eran periódicamente habituales para los cuerpos de ejército, como eran las persecuciones de cuadrillas de bandidos, que en determinados períodos proliferaban en diferentes regiones. Así actuó en persecución de contrabandistas y malhechores en el punto llamado de Ordal, desde el 25 de octubre 1803 hasta el 8 de diciembre de 1805. En este último año salió de España para la expedición al reino de Etruria, a causa de la alianza que Godoy estableció con Napoleón, formando parte de las tropas españolas que participaban en la política militar expansionista del emperador; mientras en otro más importante frente se producía el desastre de Trafalgar. En Etruria permaneció nuestro hidalgo año y medio, de donde partió para continuar sirviendo a las armas francesas, en atención a las nuevas exigencias de hombres que Napoleón impuso a Godoy para sus conquistas en Dinamarca y Alemania.

Junto con otros soldados españoles, Miguel Hidalgo partió de Etruria y, atravesando los reinos de Italia, Baviera, Sajonia, Prusia, y

norte de Alemania, pasó a la Pomerania Sueca, donde se incorporó en el ejército de Observación, al mando del mariscal del imperio francés Brunné, asistió al sitio de la Plaza de Stralsund, ciudad al noroeste de Alemania que perteneció a Suecia de 1648-1807, y participó en diferentes acciones de armas que ocurrieron, «particularmente en la del día 6 de agosto de 1807».

Después de la batalla, el 15 del mismo mes, al regimiento de Miguel se le ordenó pasar al estado de Hannover e incorporarse a orillas del Elba al ejército del mariscal Bernardote; con él participó, en marzo de 1808, en la invasión del reino de Dinamarca y en él permaneció para la defensa de sus costas. Mientras tanto, en España tenían lugar diversos acontecimientos que desembocarían en el levantamiento de mayo de 1808: los sucesos de Aranjuez, la destitución de Godoy, la abdicación de Carlos IV y la intervención de Napoleón con la cesión de la corona a su hermano José Bonaparte.

Cuando llegaron las noticias a las tropas españolas que se hallaban en Dinamarca, éstas se sublevaron contra los franceses, entre ellas el regimiento de Miguel Rodríguez, que tomó con las armas la bandera de la «libertad y la independencia de su patria», proclamó como su rey a Fernando VII e inició una «gloriosa retirada de Dinamarca a España». Estando rodeado de franceses y sus aliados, «*atravesó las islas de Fionia y Fansinge y se halló en la intimación y toma de la de Langeland donde se reunió todo el ejército español para embarcarse*», lo que realizó el día 21 de agosto de 1808 y desembarcó el 11 de octubre en el puerto de Santander, incorporándose en el «*ejército de la izquierda*». Por esta acción y por su valor, lealtad y patriotismo, la Suprema Junta Central, en nombre de Fernando VII le concedió un escudo de distinción en el pecho, que llevaba una estrella polar y el lema '*Mi Patria es mi Norte*'.

Con su regimiento y sin caballo, Miguel Rodríguez atravesó toda la Península hasta unirse con el ejército de Extremadura, con el que permaneció desde el 30 de marzo de 1809 hasta fin de enero. Durante este tiempo asistió a la acción de Alcabón el 26 de Julio, el 27 sostuvo la retirada de la vanguardia del ejército inglés, y combatió en la batalla de Talavera el 27 y 28 del mismo mes. Sangrienta batalla que enfrentó por un lado al ejército inglés y español dirigidos por Wellington y Cuesta, respectivamente, y el ejército francés a cuyo frente se hallaba el mismo José I. La batalla terminó sin un vencedor claro, pero con la decisión del duque de Wellington –cuyo título recibió tras esta batalla– de retirarse a Portugal. La Junta Central formó un ejército de 50.000 hombres para proteger el paso al Sur. Los españoles, al mando de Areizaga, fueron derrotados en noviembre de 1809 por el general Soult. Sólo 20.000 com-

batientes pudieron retroceder. Cruzaron el Tajo, y en estos hechos se destacó nuestro hidalgo, como en la retirada del Puente del Arzobispo y demás acciones de caballería destinadas a proteger la huida del ejército que mandaba el Duque de Alburquerque a la isla de León.

En la batalla de Talavera, Miguel Rodríguez cayó del caballo, perdió la dentadura y recibió heridas en el pecho, que posteriormente le inhabilitarían para el servicio de las armas. En 1811 tenía 57 años de edad y estaba jubilado con el grado de teniente coronel. No obstante todavía desempeñó las funciones de sargento mayor interino en su regimiento desde el mes de febrero de 1811 hasta fin de junio de 1812, en que se vio obligado a dejar el regimiento después de más de cuarenta años dedicado a la carrera de las armas. Desde su empleo de soldado en 1770 había ido ascendiendo gradualmente (granadero, cabo, sargento, alférez, teniente, ayudante, capitán) hasta teniente coronel en 1808.

Tras la ofensiva hispano-inglesa y la retirada de las tropas francesas de España, Miguel Rodríguez volvió a Baeza. Los tiempos no eran los mejores para un militar licenciado, pese a sus muchos años de servicio y condecoraciones recibidas. Y, como otros soldados, intentó buscar su subsistencia en los premios patrióticos que prometía el decreto liberal de 4-enero-1813, el cual autorizaba a entregar suertes de tierras de propios municipales a los esforzadores luchadores por la independencia. Pero aquel ayuntamiento baezano sabía distinguir entre dar las gracias y dar tierras que, por otra parte, eran fundamentales para cubrir los presupuestos municipales, siempre deficitarios; por lo que despachó al esforzado guerrero con táctica burocrática, o sea, enviándolo a otra ventanilla. Su petición, según el artículo 41 del decreto reseñado, debía de verse en la Diputación de la provincia y, desde allí, enviarla a las Cortes. No sabemos si aquel hidalgo y esforzado soldado que sobrevivió a «mil batallas» pudo conseguir un retiro digno en su tierra baezana. Quede aquí su memoria y saque cada cual sus conclusiones.

Las cosas sencillas

ANTONIO MARTOS GARCÍA

Amigos:

Quiero dedicar esta intervención a Juan Castellano y Luis Armenteros, sanantonianos de pro, que debido a sus dolemas, no pueden, en esta gozosa noche, estar con nosotros. Desde aquí y con vosotros, hago votos por su pronta recuperación.

Cuando dije: «Dios también andaba entre los pucheros», tengo para mí que nadie como Santa Teresa, puso en tan alta consideración un utensilio de tan baja procedencia máxime si tenemos en cuenta que por aquellas calendas, los tales pucheros eran de barro.

Y es cosa que debe de dar la tierra, por que también su paisano, nuestro recordado don Alfonso Sancho, juzgó de forma elogiosa un trabajo de don Rafael Ortega y Sagrista referido a una puerta provista de gatera.

Fue con motivo del homenaje que los «Amigos de San Antón» rendimos al por entonces recién fallecido don Rafael y que tuvo lugar en el salón de actos de la Real Sociedad Económica de Amigos del País.

Teniendo en cuenta que la primera fue declarada Doctora por la Iglesia por su saber y humanismo, a lo que no le iban muy a la zaga los segundos, cosa que todos los que tuvimos la suerte de conocer sabemos muy bien, forzosamente hemos de interpretar que para las personas de su talla, las cosas pequeñas, esas que siempre «hemos tenido ahí» y en las que apenas reparamos, tienen mayor importancia de la que les concedemos la mayoría de los mortales.

A uno, que no se le escapa el hecho de que tales mentes (que pudiéramos calificar de privilegiadas) digan a veces cosas que quieren decir otras, de lo que tenemos profusión de ejemplos, anda con la duda de si Santa Teresa quería decir que Dios está en todas partes y por tanto cualquier lugar es bueno para rezarle, sin necesidad de suntuosos templos, o por el contrario andaba poniendo en lo más alto la calidad de un guiso cocinado en puchero de barro y aderezado por las monjas encarga-



das del tal menester, con lo que conseguía alabar lo guisado al tiempo de consolar a compañeras que podían sentirse un tanto discriminadas por la labor que les estaba encomendada.

Que por entonces la Inquisición (¿por qué le llamarían Santa?) andaba celante en materia de religiosidad, y no era cosa de poner en peligro de chamusquina la débil carne.

Y es que un guiso bien condimentado y cocido en recipiente de barro, no cabe duda de que tiene fanáticos adeptos. Cualquier «gourmet» de medio pelo, afirma de forma categórica que una buena rodaja de merluza a la vasca, sabe mejor cuando está cocinada en cazuela de barro que si se hace en sartén metálica. Igual ocurre con el arroz y otros muchos alimentos que sería prolijo enumerar.

Asimismo cualquier bebedor de café-café, pone los ojos en blanco cuando se le habla del «café de pucherete», aquel cuyos granos eran previamente molidos en humilde molinillo de mano (al que Antonio Martínez Lombardo compuso unos muy concertados versos, que él, modestamente llama «rípios») y puesto a hervir en puchero de barro.

Cuando después se vertía sobre la taza, anteponiéndole el fino tamiz de un colador, el aroma que desprendía perfumaba por tiempo la estancia. Eso sin entrar a juzgar su extraordinario sabor.

Después, a las granzas que quedaban, se les añadía agua y puestas nuevamente a hervir, volvía a dar su sabor aún cuando más amortiguado; era llamado «café de recuelo».

A mayor abundamiento, el aquí parlante quiere hacer constar que hace tiempo, la industria del electrodoméstico puso en el mercado una olla a presión en cuyo interior, un recipiente de barro es el que recibe los alimentos que han de cocinar y a los que presta un inmejorable sabor.

También está meridianamente claro (al menos para mí) el que este tipo de personas, que de forma aparentemente inocente se ocupan a veces de alguna cosa que a la mayoría nos puede parecer baladín, alcanzan más allá del presente y la sitúa de cara a un porvenir que, para muchos de nosotros, en aquellos momentos, no tiene ningún sentido.

D. Rafael no sólo nos relató con su proverbial maestría el que en la calle de San Juan hubiera una puerta con gatera, sino que llevó a nuestra imaginación la importancia de tal agujero en el necesario deambular del colectivo gatuno, toda vez que de no existir tales gateras, el paso de estos felinos por las diferentes estancias que conforman una casa, se hubiera visto impedido, siendo por tanto imposible el que llevaran a feliz término la importante misión de limpieza ratonil que de forma tan directa les está encomendada.

De no disponer de tales gateras, hubieran sido harto difíciles los conciertos amorosos que, subidos en bardas y tejados, los gatunos elementos proporcionan a los vecinos llegado el mes de enero y que traen consigo su prolífica reproducción para mal de la ratonil grey.

Pero hay más. ¿Intuyó acaso don Rafael que, pasado el tiempo, la tal abertura en las diferentes puertas le sería necesaria a un gato que, entre curiosón y correvidile, fue quien contó a otros congéneres el desarrollo de una afamada cena que los «Amigos de San Antón» celebraron en el antiguo edificio de la Cámara de Comercio, antes de su restauración, siendo su Presidente don Francisco Espinosa?

De aquella sabrosa charla fue testigo de excepción nuestro confraterno José María Pardo, habiéndolo así reflejado en celebrada crónica.

Que uno conoció, allá por sus años infantiles, que todos los gatos de lustroso pelaje y aún los otros, andaban de forma libre por habitaciones y terrados sin tener nada que se interpusiera en su deambular.

Sólo en tiempo de matanza (donde se hacía) y como medida precautoria y un tanto desconfiada (que todo hay que decirlo) se cegaba con recio saco la gatera que daba acceso a los terrados, viendo de esta forma interrumpido su natural paso a través de la capuchina, por lo que tenían que valerse de patios y puertas de calle para maullar a conciencia llegada la época de celo.

A muchos, aquel trabajo y su posterior alabanza, debió de parecerles impropios de reconocido escritor costumbrista a la vez que riguroso investigador y cronista, confirmado por cientos de trabajos y razonados artículos, y de prestigioso profesor a la par que no menos prestigioso investigador y escritor, pero ambos sabían, a ciencia cierta, que casa desprovista de gatera, mala es de guardar si de ratones se trata.

Y con la sencilla elegancia que les caracterizaba, nos legaron escrito y comentario como ejemplo de que todo lo pequeño y sencillo, merece la pena de ser tenido en cuenta. Humanismo, puro humanismo.

«Mirad las aves del cielo y las flores del campo...» admonizó Jesús a los que le seguían, y aprovechó para comparar la hermosura del lirio con Salomón en todo su esplendor, con notable desdoro para el Rey.

Y en verdad ¿existe visión más hermosa que un prado de verde hierba moteado por miles de flores de distintas hechuras y colores que han nacido de forma espontánea? Son flores humildes, de las llamadas silvestres, que no se cotizan en floristerías pero que, juntas, forman un paisaje ameno e incomparable.

¿Habéis observado la desenvoltura de un gorrión? Su agilidad y belleza es algo que enamora, pero que apenas hacemos caso de estas aves que en tiempos, antes de la llegada de los insecticidas, tan necesarias eran para mantener el equilibrio entre plagas y cosechas.

Y entre tantos gorriones como pueblan nuestros ciudadanos árboles, a cuyas ramas acuden a la caída de la tarde con un incesante piar hasta que encuentran acomodo ¿alguien ha visto a uno, más despierto que los demás, de más gráciles movimientos? Atiende por «Gacelo» y es asiduo confidente de un escritor-periodista-cronista-poeta (que todo ello ejerce de forma muy notable) de bonachona figura y profunda formación humanista a quien le cuenta sus cuítas que éste, de forma magistral, traslada a los papeles.

Con la mano sobre el corazón, os aseguro que no es casualidad que tan docto personaje, se haya fijado en tan tierna como humilde avecica para que le sirva de inspiradora a tan sabrosos trabajos literarios.

Que un humilde borriquillo fue el que inspiró páginas de inigualable belleza al poeta de Moguer, Juan Ramón Jiménez, quien alcanzó, gracias a ello, renombre universal.

Admiramos, hasta quedar extasiados, extraordinarias pinturas que cuelgan de las paredes de afamados museos y contemplamos, llenos de recogimiento, la finura de un encaje, la gota de agua que parece resbalar de un cántaro, la expresión de un rostro o la belleza de un paisaje.

Alabamos a los artistas que llevaron a cabo tan extraordinarias obras, olvidando, porque no tiene importancia, al humilde pincel que las hizo posibles.

Sencillos, humildes, acompañados de certeros comentarios son los rincones de un Jaén que se nos ha ido y que periódicamente, para regocijo de añorantes retinas, nos regala el bueno de Manuel López Pérez.

Pero mucho antes de que Manolo iniciara su recordatoria tarea, gran parte de estos hoy desaparecidos rincones, fueron aprehendidos por el ágil y hábil trazo de unos preciosos dibujos debidos a don Luis Berges Roldán, los que se acompañaban de relatos a ellos referidos en los que relucía la extraordinaria prosa de don Rafael Ortega.

Y ahí quedaron, como perenne acusación a los que los destruyeron y a los que lo permitieron.

Que las ciudades, al igual que las personas, tienen su pasado, su historia, y si parte de él se destruye, es como si sufrieran una amputación.

Aún hoy, nos solozamos con las obras que, para gloria de la Literatura y de la Poesía, nos dejaron unos personajes que vivieron en un periodo de tiempo conocido como «Siglo de Oro».

Don Miguel de Cervantes, tal vez la figura más representativa de tan dorada época nos legó su inmortal obra que no por el tiempo transcurrido ha dejado de tener vigencia.

Ello fue posible gracias a una humilde pluma de ave que, a la par que sirvió para escribir grandiosas obras, dio origen a la muy manida frase de «su bien cortada pluma».

Siglos después, empleando estilográfica, bolígrafo, máquina de escribir u ordenador (que ignoro cómo lo hace) otro escritor, muy cercano a nosotros, escribió un relato novelado sobre el Inmortal Manco y su asenderada vida durante su estancia en Sevilla, lo que le reportó el merecido galardón de renombrado premio y el ver llena su faltriquera (después del devastador paso de Hacienda) de tanto escudos como jamás pudo soñar el combatiente de Lepanto, quien al contar de sus biógrafos, parece ser que siempre anduvo escaso de vil metal que tan necesario es para el normal desenvolvimiento de la vida.

La humanidad ignora quien fue el inventor de la rueda, cosa tan sencilla, tan sin importancia, pero que ha permitido las grandes migraciones que a lo largo de los tiempos se han producido y dado lugar desde el simple aro con el que juega un infante, hasta las ruedas del AVE, que en escaso periodo de tiempo nos transpone de una a otra provincia, pasando por coches, motos y demás artilugios mecánicos que tan rápidos desplazamientos permiten y tantos sobresaltos nos proporcionan.

¿Y qué decir de las humildes hormigas, capaces de levantar pesos muy superiores al suyo propio y que tan altos ejemplos de laboriosidad y organización dan a la humana república?

Igual podría decir de las abejas, tan trabajadoras ellas, poniendo como contrapunto a la cantora chicharra como ejemplo de lo que no se debe de hacer, que ya cuentos y fábulas, tan moralizantes ellos, se encargaron en nuestra niñez de demostrarlo de forma tan fehaciente.

Nada que objetar a que hayan sido catalogados como insectos, pero resulta tan despreciativo...

Es en la Naturaleza, donde encontramos las más palpables muestras de que las cosas humildes, esas a las que no les concedemos importancia, alcanzan su máxima expresión de grandeza. Verbigracia: el humilde grano de trigo que, al germinar, devuelve el ciento por uno. ¿Existe mayor prueba de generosidad partiendo de tanta pequeñez?

La caída de fruto maduro, sirvió para que Newton fundamentara su teoría sobre la gravedad, encontrando así explicación al marivollosos equilibrio entre los astros que pueblan el infinito firmamento.

El antes mentado don Rafael, proponía, en uno de sus escritos, que un pintor compusiera un bodegón a base de una cesta de caña que apareciera volcada, dejando ver las verdes vainas de habas frescas y algunas de éstas, abiertas, presentando su apetitoso fruto y la tenue pelusa de su interior.

Humilde y sencillo a la par que original. ¿Os animais, Alfonso, Paco?

Ignacio Ahumada, docto lingüista, bebe con fruición en las limpias aguas de un lenguaje hablado por el pueblo llano, iletrado en muchos casos, que, con giros y modismos propios, enriquecen el torrente de un vocabulario ya de por sí caudaloso.

Si bien es tenida por virtud, no es menos cierto que la humildad goza de escaso (por no decir nulo) predicamento.

En muy pocas ocasiones ha merecido el galardón del reconocimiento, siendo, tal vez la más llamativa, la subida a los altares de un humilde fraile que profesaba en Asís y que llamaba hermanos a los animales por considerar que todos somos hijos de un mismo Creador.

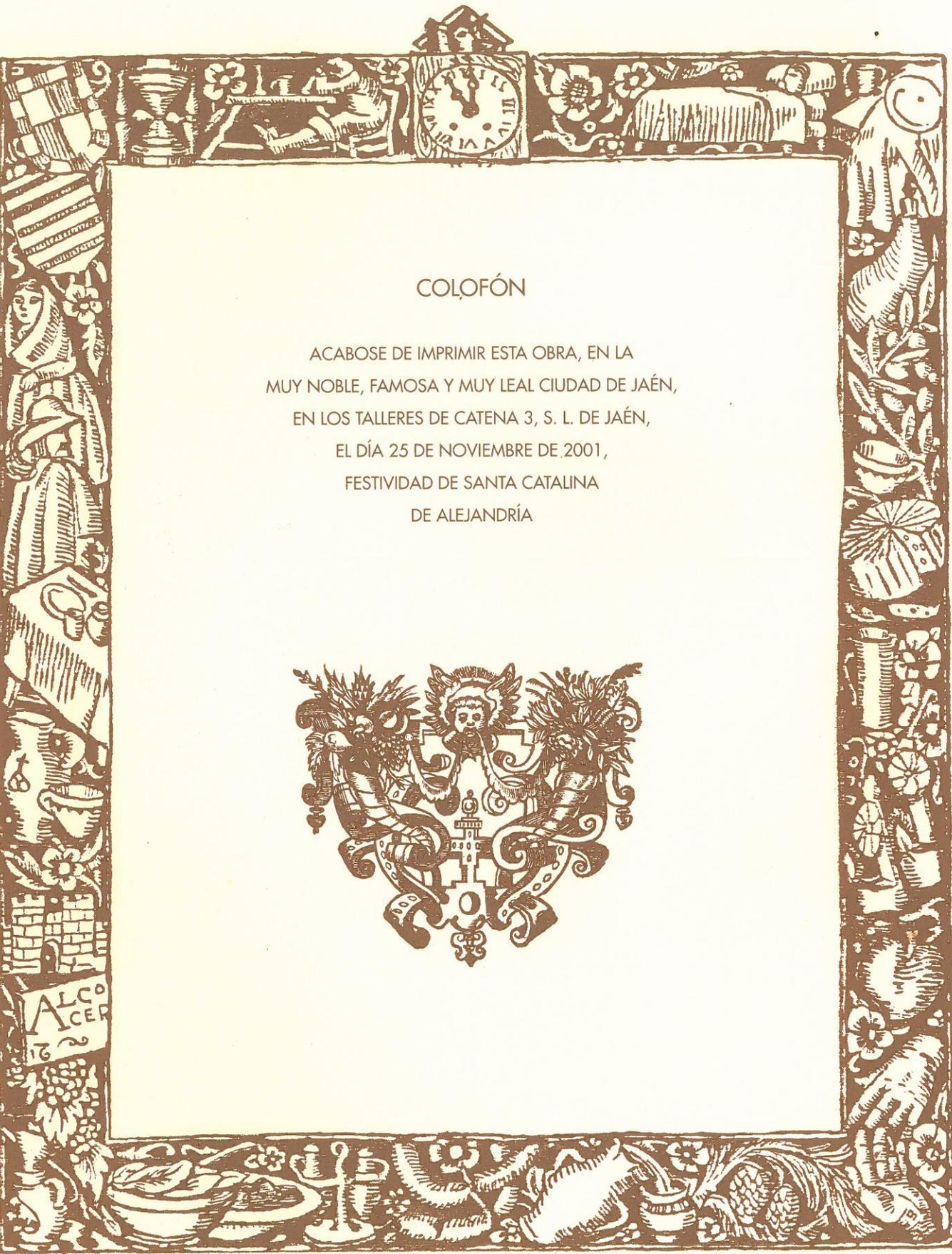
Háganme la caridad vuestras mercedes, de exculpar a este ignorante que en esta noche de tan agradables encuentros, se lanza con insensata alacridad por terrenos filosóficos y, tirando por la calle de en medio, se ponga a desbarrar sobre la importancia de las cosas pequeñas, humildes, poniendo para ello tan heteróclitos ejemplos, que a más de uno habrán provocado asombro por su simpleza, pero que no han tenido otra misión que demostrar que, personas de muy altos vuelos intelectuales, si se ocuparon y se ocupan de ellas, concediéndoles la importancia que verdaderamente tienen.

Y todo ello, porque pensaba hablaros de la llamada silla baja, enser humilde como el que más, pero a fuerza de ejemplos y mala berborrea para tratar de justificaros el que me ocupara de ella, tengo la impresión (por no decir la certeza) de notar en vuestros rostros un cierto y mal disimulado cansancio por tan tedioso parloteo. Que para vuestro bien amueblado intelecto, con parcos y pocos ejemplos hubiera bastado.

Pero como el mío necesita de mucha machaconería para autoconvencerse, de ahí tan largo como inútil parlamento.

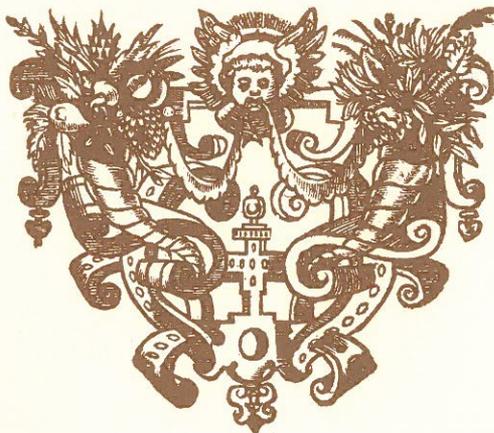
Con que habida cuenta de lo anterior y del mucho tiempo consumido, dejo para la próxima cena el hablaros de la llamada silla baja.

Hasta entonces.



COLOFÓN

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA, EN LA
MUY NOBLE, FAMOSA Y MUY LEAL CIUDAD DE JAÉN,
EN LOS TALLERES DE CATENA 3, S. L. DE JAÉN,
EL DÍA 25 DE NOVIEMBRE DE 2001,
FESTIVIDAD DE SANTA CATALINA
DE ALEJANDRÍA



ALCO
ACER
16

